

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



LA CIENCIA DE LA CRUZ



La retirada de los crucifijos de las escuelas

La cruz de Cristo, ¿un símbolo cultural?

María al pie de la cruz

La cruz es gloria y exaltación de Cristo

La Invención de la Santa Cruz

«La cruz no es un fin en sí misma. Ella se eleva e indica hacia lo alto. Pero no es solamente un símbolo, es el arma poderosa de Cristo; el cayado del pastor, con el que el divino David sale al encuentro del Goliath infernal; con el cual llama con autoridad a la puerta del cielo y se le abre. Entonces fluyen torrentes de luz divina que se extienden a todos los que están en el seguimiento del Crucificado.»

Sumario

La retirada de los crucifijos de las escuelas <i>José María Alsina Roca</i>	3
La Cruz de Cristo, ¿un símbolo cultural? <i>Gerardo Manresa Presas</i>	5
La cruz, patíbulo de Cristo <i>Ramón Gelpí</i>	8
El Evangelio de la cruz de san Pablo <i>Edith Stein</i>	10
Que la cruz sea tu gozo también en tiempo de persecución <i>San Cirilo de Jerusalén</i>	11
¡Oh cruz fiel, árbol único en nobleza! <i>Venancio Fortunato</i>	12
La cruz es la gloria y exaltación de Cristo <i>San Andrés de Creta</i>	13
San Francisco de Asís – «Vita secunda» <i>Tomás de Celano</i>	14
A Cristo en la cruz <i>Lope Félix de Vega y Carpio</i>	16
María al pie de la cruz <i>Luis de La Palma, S.I.</i>	17
Carta a los Amigos de la Cruz <i>San Luis María Grignon de Montfort</i>	18
Pasión según san Mateo <i>Johann Sebastian Bach</i>	21
La creu de Catalunya <i>Jacinto Verdaguer</i>	22
Ave, crux, spes unica! <i>Edith Stein</i>	23
La esfera y la cruz <i>Gilbert K. Chesterton</i>	24
La Invención de la Santa Cruz <i>Francisco de Paula Solà, S.I.</i>	27
Constantino el Grande y el triunfo de la cruz <i>Joaquín Florit García</i>	30
El secreto de Don Bosco <i>Nicolás Echave, sdb</i>	32
Contemplando la vida de Cristo. Las Bodas de Caná <i>Ramón Gelpí</i>	34
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	36
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	37

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

DE un tiempo a esta parte, y con una insistencia progresivamente más intensa, se habla en España de la necesidad, exigida por la letra y el espíritu de la Constitución, de retirar los crucifijos de las escuelas; y, por extensión, de todos los lugares públicos (hospitales, cementerios, etc.). Una sentencia del Tribunal de Estrasburgo para una exigencia semejante planteada desde Italia ha aumentado la presión en este sentido. En realidad, no hay nada nuevo en esta situación. Lo mismo sucedió durante la segunda república. La prensa de finales de 1931 y principios de 1932 recoge las noticias de la retirada de crucifijos de escuelas y cementerios, entre las protestas de la población, protestas que en algunos casos lograron la reposición de las imágenes. En las páginas de CRISTIANDAD se ha hablado muchísimas veces, sobre todo en las últimas décadas, de la antinomia Iglesia-Estado, que en su radicalidad debe contemplarse a la luz de aquel axioma de Francisco Suárez: o la Iglesia está sobre el Estado, o el Estado está sobre la Iglesia; no hay, en el fondo, término medio. Spinoza la expresó a su manera al reivindicar la supremacía del Estado sobre los individuos y la sociedad, y de él han derivado todos los liberalismos que nos gobiernan en Europa, y que ha inspirado la Constitución europea.

Ante esta campaña, los cristianos tenemos dos tareas urgentes: una es defender la presencia pública del crucifijo con todos los medios a nuestro alcance, también con los medios que «tolera» el Estado liberal; pero esta defensa sería débil y podría acabar diluyéndose sin aquella otra tarea: la de hacer presente el sentido de la Cruz. Una cruz que no es el símbolo de una religión de resentidos, como quería Nietzsche, sino el símbolo de la redención de la humanidad de toda esclavitud, símbolo de generosidad, de esperanza, de amor, de resurrección, de trascendencia, de libertad. Edith Stein, aquella carmelita de raza judía, que veneramos en los altares como santa Teresa Benedicta de la Cruz, copatrona de Europa, víctima y mártir de la nietzscheana persecución nazi, escribió: «Creemos que Cristo murió por nosotros por amor, para darnos la vida». Así lo enseña la Iglesia; así lo han proclamado a lo largo de los siglos, mártires, santos, teólogos, místicos, poetas, músicos. Este testimonio perenne de la «Ciencia de la cruz», que ofrecemos a nuestros lectores, puede servir también como meditación cuaresmal, para que veamos en el sacrificio de la cruz el preludio de la Resurrección pascual. Attendamos a la admonición de san León Magno: «Que la predicación del Evangelio sirva, por tanto, para la confirmación de la fe de todos, y que nadie se avergüence de la cruz de Cristo, gracias a la cual el mundo ha sido redimido».

Las palabras del profeta Zacarías «Mirarán al que atravesaron», que recuerda san Juan al contemplar el Corazón de Cristo atravesado por la lanza del soldado, continúan hoy resonando a nuestros oídos y alimentando nuestra esperanza, no sólo para nuestra pobre y enferma cultura occidental sino como anuncio de gran esperanza para todos los pueblos.

La retirada de los crucifijos de las escuelas

JOSÉ MARÍA ALSINA ROCA

LA retirada de los crucifijos de las aulas de los centros escolares por considerarla contraria a la libertad religiosa ha saltado a las páginas de los periódicos a raíz de una sentencia del Tribunal de Estrasburgo del pasado mes de noviembre.

El caso sobre el que se pronunció el Tribunal de Estrasburgo fue presentado por una ciudadana italiana de origen finlandés, que en el año 2002 había pedido a la escuela estatal Vittorino da Feltre, de Abano Terme (Padua), en la que estudiaban sus dos hijos, de 11 y 13 años, que quitara los crucifijos de las aulas. La dirección de la escuela se negó por considerar que el crucifijo forma parte del patrimonio cultural italiano. Después de sucesivas apelaciones, finalmente el Tribunal Supremo italiano dio la razón a la escuela argumentando que «el crucifijo no es sólo un símbolo religioso sino también un símbolo del Estado italiano». La demandante recurrió al Tribunal de Derechos Humanos de Estrasburgo y al cabo de siete años, el tribunal ha considerado que la presencia de los crucifijos en las aulas es una «violación de los derechos de los padres a educar a sus hijos según sus convicciones» y que va «contra la libertad de religión de los alumnos.» Como consecuencia, ha condenado al Gobierno de Italia a pagar 5.000 euros a la demandante por los daños morales sufridos. El Gobierno italiano, por su parte, ha anunciado que presentará recurso contra la sentencia.

Estos hechos no han tardado en tener su repercusión en la vida política española, no sólo por los numerosos comentarios en revistas y periódicos de distinto signo ideológico que se hicieron eco de la sentencia, sino además porque el mismo Congreso de Diputados aprobó el pasado mes de diciembre una proposición no de ley en la que se instaba al Gobierno a aplicar en los centros escolares la jurisprudencia del Tribunal de Derechos Humanos de Estrasburgo según la sentencia en que declaraba que los crucifijos en las aulas son una violación de los derechos de los padres a educar a sus hijos según sus convicciones y de la libertad religiosa de los alumnos.

Se han levantado voces diversas expresando sinceramente su indignación ante la arbitrariedad de tales medidas por lo que significa de atropello y menosprecio a las convicciones religiosas de la mayoría de una población, por la contradicción que en principio parece existir cuando en nombre de la libertad religiosa se prohíbe la presencia pública de una imagen religiosa. También se ha insistido en la

misma línea en que lo hizo el Tribunal Supremo italiano, de considerar el crucifijo no sólo un símbolo religioso de una determinada religión, sino un signo de una cultura.

Siguiendo algunas de estas consideraciones quisiéramos hacer alguna reflexión complementaria. En primer lugar, no podemos dejar de recordar lo que pasó en España durante la República: la prohibición de los crucifijos en las escuelas fue una anticipación de lo que vendría pocos años más tarde, la persecución religiosa más intensa que ha padecido la Iglesia a lo largo de su historia. Se destierra el crucifijo porque no se permite ninguna presencia pública de la fe católica, y no se quiere reconocer que si hay fe hay necesariamente presencia pública. La fe no se vive y celebra sólo en el interior de las casas y en los templos, también en las calles con manifestaciones, tan numerosas y con tanta tradición y arraigo en la vida cristiana de España. La misma existencia de la Iglesia es también presencia pública, e incluso la misma vida cotidiana de los cristianos cuando son fieles a la fe que profesan son manifestación pública de esta fe. Si se considera que la presencia del crucifijo es una falta de respeto a los que no son cristianos y que por lo tanto en nombre de la libertad religiosa hay que prohibirla es señal de que toda religión que confiese un Dios único y verdadero hay que considerarla como una amenaza a la libertad religiosa. En consecuencia con ello ha habido tantas persecuciones a la fe cristiana en nuestros tiempos.

A algunos les puede extrañar que en nombre de la libertad religiosa se pueda prohibir un símbolo religioso, pero habría también que recordar que cuando hablamos de libertad religiosa, en nuestros días, estamos utilizando una expresión que en labios de muchos es totalmente equívoca. No es lo mismo la libertad religiosa que declara el Concilio Vaticano II, que tiene como último fundamento la libertad que tiene que acompañar necesariamente a todo acto de fe (de lo contrario no puede ser un verdadero acto de fe), y la libertad religiosa proclamada por el liberalismo político del siglo XIX, heredero de las ideas ilustradas del XVIII, que tuvieron en Spinoza a uno de sus inspiradores originales, según el cual la libertad de conciencia es sinónimo de ausencia de verdad religiosa; más aún, de considerar la religión un mero sentimiento o superstición se sigue necesariamente que sólo es racionalmente aceptable afir-

mar la libertad de creencia religiosa, lo cual no sólo es compatible sino exige que sólo el Estado sea el competente para determinar las manifestaciones externas y públicas de la religión. Por ello no era en ningún modo contradictorio lo que ocurría en la Constitución de la antigua Unión Soviética, que en su artículo 52 garantizaba la libertad de culto y al mismo tiempo se justificaba la persecución religiosa con la misma ley, cuando se afirmaba en el mismo artículo el derecho a la propaganda atea y la prohibición de la hostilidad y el odio por motivos religiosos. Toda religión que se considere que pueda incitar al odio sería por tanto prohibida.

Se ha repetido hasta la saciedad el sinsentido de la prohibición de los crucifijos, dado que no es un símbolo meramente religioso sino un símbolo de nuestra cultura. Se mencionan las consecuencias sociales que comportaría llevar a cabo efectivamente esta prohibición. La retirada del signo de la cruz cambiaría escudos nacionales, deportivos, de instituciones benéficas, etc.; habría que descolgar de muchos lugares oficiales las obras de arte en que figura el crucifijo, cambiar fachadas y otras cosas por el estilo. Este tipo de argumento nos lleva a la siguiente reflexión: sólo con pensar en el propósito de que desaparezca de la vida pública el símbolo central de la vida cristiana, vemos lo absurdo y contradictorio de tal intento. La verdadera cuestión no es que haya que respetar el crucifijo porque es un símbolo ya integrado dentro de nuestra cultura, sino que nuestra cultura no se entiende sin reconocer sus raíces y su carácter cristiano. Si quisiéramos borrar estas raíces con todas sus manifestaciones externas tendríamos que destruir toda una cultura milenaria, con sus obras de arte, sus universidades, su calendario y tantas costumbres de la vida cotidiana y social que tienen su origen en la fe cristiana, como es aún evidente en tantas manifestaciones actuales. A pesar de ello, estamos ante una cultura que se vanagloria de su laicismo radical como una de sus características constitutivas. Se afirma que, por fin, una cultura que ha sabido superar los prejuicios religiosos propios de todas las culturas anteriores es ya puramente laica. Y en ello está la contradicción y la

tragedia. La cultura del Occidente de estos últimos cincuenta años no quiere reconocerse en lo que es, cultura cristiana; al contrario, se presenta como aquella cultura que por primera vez en la historia ha superado la etapa religiosa, como si fuera una cultura que no reconoce más autoridad que la del mismo hombre. Este tipo de afirmaciones nos lleva a pensar en aquellas palabras de san Pablo cuando se refiere al misterio de iniquidad, a la manifestación del «hijo de la perdición»: «el que hace frente y que se levanta contra todo lo que se llama Dios o tiene carácter religioso hasta llegar a invadir el santuario de Dios y poner en él su trono, ostentándose a sí mismo como Dios» (II Tes 3,4-5).

También hemos podido leer comentarios justificando la decisión de tal prohibición basándose en el mismo significado del crucifijo. Una cultura, se argumenta, no puede admitir el símbolo que significa un enaltecimiento del sacrificio, de la humillación, de la debilidad, e incluso del resentimiento y de la amargura; un crucificado que muere con estas significativas palabras en sus labios: «¿Por qué me has abandonado?». No vamos a entrar en lo que hay en este tipo de afirmaciones de sectarismo deformador, pero sí quisiéramos subrayar la profunda rebelión de esta cultura que en su soberbia rechaza el Amor misericordioso de un Dios sufriente que nos redime con su sacrificio en la Cruz. Un mundo del cual se quiere excluir el dolor, la debilidad, mientras desconoce su tremenda y trágica debilidad constituida sobre todo por su olvido del Dios de la misericordia y del perdón.

Las palabras del profeta Zacarías «Mirarán al que atravesaron», que recuerda san Juan al contemplar el Corazón de Cristo atravesado por la lanza del soldado, continúan hoy resonando en nuestros oídos y alimentando nuestra esperanza, no sólo para nuestra pobre y enferma cultura occidental sino como anuncio de gran esperanza para todos los pueblos, porque sólo en él, en su Corazón abierto, los hombres encontrarán la respuesta a la inquietud de sus corazones y reconocerán la verdad de las palabras de san Agustín: «Feciste nos ad te, Domine», «Señor nos hiciste para ti».

Pensamientos del Cura de Ars

Una casa que se eleva sobre la cruz no temerá al viento, ni a la lluvia, ni a la tempestad.

* * *

Nuestra gran cruz es el temor a las cruces.

La Cruz de Cristo, ¿un símbolo cultural?

GERARDO MANRESA PRESAS

AUNQUE la crucifixión fue el método que utilizaron los romanos para castigar a los esclavos y a los extranjeros, anteriormente ya había sido utilizado por los fenicios y los persas. Para los romanos, sin embargo, era la forma de castigar y dar, al mismo tiempo, un espectáculo público, pues la víctima que tenía que morir, debía llevar el travesaño donde sería clavada hasta el lugar del suplicio, donde estaba situado el poste vertical en el que debía ser anclado el travesaño. La muerte era una lenta agonía, pues no se dañaba ningún órgano vital y el crucificado podía permanecer largas horas o, incluso, algún día en esta agonía. Una vez muerto quedaba su cuerpo al alcance de los animales vagabundos, que empezaban a comer los pies o las piernas, pues quedaban a su altura o bien se volvía impura la sangre. Los romanos utilizaron este tipo de castigo hasta el siglo IV d. de C. Se consideraba que la crucifixión era la forma más horrible de muerte, y para un judío lo era aún más, era una maldición (Deut 21.23).

La Sabiduría toma una resolución

Dice san Luis María Grignion de Montfort en el libro *El Amor de la Sabiduría eterna*.¹

Dios quiere rescatar al mundo, ahuyentar y encadenar a los demonios, cerrar el infierno a los hombres y abrir para éstos el cielo y tributar al Padre eterno una gloria infinita. ¡Proyecto grandioso! ¡Obra difícil! ¡Ardua empresa! ¿Qué medio empleará la Sabiduría, cuyo conocimiento abarca de un extremo al otro del universo, disponiéndolo todo con suavidad y fuerza? Su brazo es omnipotente: puede con toda facilidad destruir cuanto se le opone y hacer cuanto quiere; puede aniquilar y crear con una sola palabra de su boca... ¿Qué digo? ¡Le basta querer para hacerlo todo! (...)

¡Pero no! ¡Nada de eso! ¡Cosa sorprendente! Ve algo que para los judíos es motivo de escándalo y horror, y para los paganos, objeto de locura: un vil e infame madero, destinado a la confusión y supli-

cio de los mayores criminales, al que llaman patíbulo, horca o cruz. Y en la cruz detiene su mirada. En ella se complace, la prefiere a lo más sublime y brillante del cielo y de la tierra, para hacer de ella el arma de sus conquistas y el atavío de su majestad, la riqueza y complacencia de su imperio, la amiga y esposa de su corazón. ¡Qué abismo de riqueza, de sabiduría y de conocimiento el de Dios! ¡Qué elección tan sorprendente! ¡Qué designios tan sublimes e incomprensibles! ¡Qué amor a la cruz tan inefable! (...)

Se desposó con ella con amor inefable en la encarnación. La buscó y llevó con indecible gozo durante toda su vida, que fue cruz continua, y, después de haber hecho tantos esfuerzos para llegar a ella y morir en ella sobre el Calvario – ¡Qué angustia siento hasta que se haya cumplido! (...)

La Sabiduría logró, al fin, lo que tanto anhelaba: se vio cubierta de oprobios, cosida y fuertemente adherida a la cruz, y murió con alegría en los brazos de su idolatrada amiga, como si fuera un lecho de honor y de triunfo. (...)

No vayamos a pensar que, después de su muerte, la Sabiduría se haya desprendido de la cruz o la haya rechazado para triunfar mejor. ¡Todo lo contrario! Se ha unido y como incorporado a ella, en tal forma que ni ángel, ni hombre, ni criatura alguna del cielo o de la tierra puede separarla de la cruz. (...)

En el día del juicio final desaparecerán todas las reliquias de los santos, incluso las de los más eminentes, pero no las de la cruz. La Sabiduría ordenará a los primeros serafines y querubines que recorran el mundo y recojan los trozos de la verdadera cruz, que, gracias a su amorosa omnipotencia, quedarán también tan maravillosamente unidos, que no formarán sino la única cruz sobre la cual murió. (...)

En espera de que amanezca el día glorioso de su triunfo en el juicio final, la Sabiduría eterna quiere que su cruz sea la insignia, el distintivo y arma de todos sus elegidos. (...)

En efecto, no reconoce como hijo a quien no posea esta insignia, ni como discípulo sino a quien la lleva en la frente sin avergonzarse, en el corazón sin protestar y sobre los hombros sin arrastrarla o rechazarla. Y exclama: «El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y me siga». (...)

1. Capítulo 14.

Correspondencia de los hombres a esta resolución

Y esto es lo que han hecho, y hacen, millones de personas a lo largo de la historia de la Iglesia desde que conocieron la muerte de Cristo en la cruz. Se lanzaron a amar a este instrumento para hacerse iguales a Cristo y seguirle y, como el amor es difusivo, intentan con todas sus fuerzas hacerlo amar y para ello, cada uno a su manera como Dios les da a entender, comunican su amor a Cristo al prójimo y se hacen apóstoles del mayor encargo que nunca se ha hecho y nunca se podrá hacer: *Hacer amar al Amor*, como decía santa Teresita.

Y por ello millones de personas han dado su vida por seguir el ejemplo que Cristo nos dio al dejarse clavar en la cruz por nuestro amor. Desde los primeros años de cristianismo, desde la primera persecución del pueblo judío, en la que participó Saulo, con el primer mártir, san Esteban, y a lo largo de los siglos, han seguido el signo de la cruz y han derramado su sangre por amor a Cristo y a sus hermanos. Nunca han abandonado a la Iglesia las persecuciones, y desde los tiempos del Imperio romano hasta ahora no ha cesado de fluir esta preciosa sangre en todos los siglos, pero los últimos siglos, XIX y XX, especialmente, han vuelto a ser siglos de muchos y grandes mártires e incluso ya en los pocos años del siglo actual se ha derramado sangre cristiana, siempre por seguir al Crucificado.

También, por defender este signo de vida, mucha gente se ha enfrentado en guerras y luchas y, si no han llegado a ser mártires, no puede negarse su entrega amorosa en la defensa de la Cruz. Debemos recordar cómo desde hace muchos siglos los cristianos se han enfrentado a muchos pueblos bárbaros en defensa de la Cruz y, después, principalmente, a los mahometanos, ya en España en la Reconquista, ya en Tierra Santa para conquistar el país donde vivió Cristo, ya en las diversas invasiones que han realizado por Europa. También debemos recordar, entre otros hechos, que el principal motivo que movió a los Reyes Católicos al descubrimiento de América fue el de llevar al Crucificado, el Reino de Cristo, hasta aquellas tierras.

Y modernamente debemos recordar las persecuciones, principalmente, desde el siglo XVIII, causadas por el deísmo, la Ilustración y la Enciclopedia, que precedieron a la Revolución Francesa. Desde entonces ya no han cesado las persecuciones, más o menos encubiertas, en todos los países católicos, pues la Revolución pretende borrar la Cruz del corazón de todos los cristianos.

También con fines evangélicos, desde los Apóstoles, especialmente san Pablo con sus epístolas,

que, como decía Edith Stein pueden ser llamadas el *Evangelio de la cruz*, pasando por muchos otros cristianos, ya fueran obispos, sacerdotes, o laicos, como artistas, poetas, escultores, pintores, músicos, etc. todos, por medio de cartas, escritos, poemas, figuras, cuadros, cantatas, representaciones, etc., sobre la pasión y muerte de Cristo, han expresado su amor a la Cruz, en seguimiento del Crucificado. Los textos que incluimos a continuación, de autores de todos los tiempos, son una pequeña muestra de ello.

El fervor popular ha inundado de cruces toda la geografía de los países cristianos, con iglesias, ermitas, cruces en los caminos y en las cimas de las montañas, en los edificios públicos y privados, etc. que muestran el amor y la veneración que millones de personas han tenido a lo largo de los siglos por este instrumento de salvación.

Podríamos extendernos mucho más en esto, pero nos parecen suficiente dichos datos para mostrar que el pueblo cristiano ama la Cruz de Cristo.

La cruz diaria en las vidas de los hombres

PERO no acaba aquí el amor de los cristianos por la cruz, pues, aunque hemos hablado de muchas personas que han hecho apostolado, han luchado, han abandonado a sus padres, a su familia, a su país para ir a proclamar el amor de Cristo en la cruz, todavía hay muchas más que, en el silencio de su hogar, toman la cruz de sus defectos, sus sufrimientos, de sus tristezas, de sus incomprensiones y de fracasos humanos y cargados con ellos siguen fielmente a Cristo cada día de su vida y ofrecen todo ello a Dios unidos a Cristo en el santo Sacrificio del altar, la renovación incruenta de la crucifixión de Jesús, por la remisión de los pecados de todos los hombres y para que llegue pronto su Reino. ¡Cuántas enfermedades, cuántas incomprensiones, cuántas desgracias, cuántos problemas familiares, etc., no han servido para que millones de personas se unieran más y más a la Cruz de Cristo y encontraran en ella el consuelo y la paz!

El alma y el cuerpo

No!, no se puede afirmar, más que vergonzantemente, que la Cruz de Cristo es sólo un símbolo de la cultura cristiana y defender su presencia en la vida social sólo como un símbolo cultural. La Cruz tiene una vida que nos salva y Dios quiso que fuera el instrumento de nuestra salvación y nosotros no podemos dejar que ella sea un instrumento sin «alma», porque si dejamos a



El santo Cristo de Lepanto, que don Juan de Austria llevó en la nave capitana en la batalla del golfo de Lepanto, contra la flota turca (1571).

la cruz, como un «cuerpo» sin el «alma», el símbolo, el «cuerpo», puede morir en cualquier momento y esto es lo que pretenden todos aquellos que niegan la presencia de la cruz y, aun sin quererlo, los que defienden la cruz como un símbolo, les ayudan en ello. Un «cuerpo» sin «alma» es un instrumento muerto y puede ser eliminado sin ningún remordimiento. El «cuerpo» se descompone.

¡No, el crucifijo no es sólo un símbolo, es la expresión del amor de Dios a todos los hombres, crean en ello o no lo crean!

Y esto lo han defendido, con su vida, millones de hombres a lo largo de la historia del cristianismo y nosotros también debemos defenderlo con la vida, no podemos conformarnos con defender un símbolo, hemos de dar a conocer a todos los hombres lo que desde el día de la Resurrección de Cristo hasta hoy día han hecho y hacen muchos millones de personas amando y haciendo amar a la Cruz. Hemos de ser apóstoles animados, no hombres resignados a

dejarnos arrebatar este humillante instrumento que el mismo Dios tomó como el instrumento de nuestra salvación.

A la gloria sólo se llega por la Cruz

San Luis M^a nos anima a amar la cruz y así acaba el capítulo 14 de su libro, diciendo:

El número de los necios e infelices es infinito, dice la Sabiduría, porque es infinito el de aquellos que no conocen el precio de la cruz y la llevan a regañadientes.

Pero ustedes, los verdaderos discípulos de la Sabiduría eterna, que han experimentado tantas tentaciones y aflicciones, que padecen persecuciones por la justicia, que son considerados como la basura del mundo..., ¡consuélnense, regocíjense, salten de alegría! Porque la cruz que llevan es un don tan valioso que lo envidian los bienaventurados, sin poder participar ya de él. Sobre ustedes descansa cuanto honra, gloria y virtud hay en Dios, y aun el Espíritu Santo reposa sobre ustedes, porque su recompensa es grande en los cielos, y aun ya sobre la tierra, a causa de las gracias espirituales que la Cruz les obtiene.

¡Amigos de Jesucristo, beban, sí, beban del cáliz de amargura que Él les brinda, y llegarán a ser cada día más amigos suyos! ¡Sufran con Él, y con Él serán glorificados! ¡Sufran con paciencia y hasta con alegría! Un poco más, y ¡se les dará una eternidad gozosa por un momento de dolor!

¡Nada de ilusiones! ¡Desde que la Sabiduría encarnada tuvo que entrar en el cielo por medio de la cruz, por ella tendrán que entrar cuantos la sigan! «A cualquier parte que fueres –dice la *Imitación de Cristo*–, siempre encontrarás la cruz»: la del predestinado, si la aceptas como debes, es decir, paciente y gozosamente y por amor de Dios; o la del réprobo, si la llevas con impaciencia y a pesar tuyo, como tantos doblemente miserables, que se verán obligados a decir durante toda la eternidad en el infierno: ¡Trabajamos y padecemos tanto en la tierra; y, al final de cuentas, estamos condenados!

Ciertamente, la verdadera Sabiduría no se halla en la tierra ni en el corazón de quienes viven a sus anchas. Reside en la cruz, en forma tal que fuera de ella es imposible hallarla en este mundo. Se ha incorporado y unido a la cruz de tal manera, que podemos decir con toda verdad: ¡La Sabiduría es la Cruz, y la Cruz es la Sabiduría!



La cruz, el patíbulo de Cristo

RAMÓN GELPÍ

La «santa cruz»

EN la veneración de la cruz, la «santa cruz», decimos los cristianos, por ser habitual, frecuentemente nos pasa desapercibida la característica esencial en su origen: los cristianos veneramos un patíbulo, un instrumento de tortura y ejecución, que el Imperio romano (y también otras culturas anteriores) aplicaba a los condenados más viles. Tal fue el que escogió nuestro Señor para nuestra salvación.

Se ha dicho de la muerte de Cristo en la cruz, que constituye un escándalo para los hombres. Cristo no necesitaba morir para redimirnos. Dice una piadosa letanía de agradecimiento a Él por sus misericordias: «... porque bastaba para redimirme, un suspiro, una lágrima de amor, y me quisiste dar toda tu Sangre. ¡Gracias, Señor! ...». Pero no se conformó con dar su sangre, la dio en un nefando y horrible suplicio, que la crueldad del Imperio romano tenía reservada para esclavos y criminales extranjeros. Ningún romano podía, por ley, ser crucificado!

Por este motivo, aún venerando al crucifijo de Cristo, no parece que debiera ser considerado como objeto de culto, como es realmente, el instrumento propiamente dicho (recordemos la liturgia de Viernes Santo). Lo cierto es que la cruz, puede ser venerado porque en ella, Cristo nos redimió, pero lo sorprendente, si se mira desde una perspectiva «exterior», es que sea el símbolo por excelencia para los cristianos y, además, universal, común a todas las confesiones.

Pero no fue así desde el principio. Los primeros cristianos no veneraban la cruz, y durante las persecuciones se identificaban con el dibujo de un pez, en dos trazos muy simples. También eran representados, aunque en una forma menos simbólica, la figura del Buen Pastor, el ancla, símbolo del pescador, etc. La cruz producía horror y, aunque aceptaban la voluntad de nuestro Señor que quiso padecerla, no era un símbolo cristiano.

Esto fue así durante tres siglos, pero en el siglo IV se produjeron dos hechos providenciales: En primer lugar la visión del emperador Constantino (Vio, en sueños, una cruz, con el lema «In hoc signo vinces»: con esta señal vencerás) antes de afrontar la «batalla de Puente Milvio» cerca de Roma, y en segundo lugar, el hallazgo de la Vera Cruz en Jerusalén, pro-

piciado por santa Elena, madre del emperador, que protagonizó las primeras investigaciones en Tierra Santa. A partir de este momento, el culto a la cruz fue introduciéndose paulatinamente, especialmente por la iconografía. Al mismo tiempo, Constantino abolía como forma de ejecución el suplicio de la cruz, que quedaba en exclusiva como la Cruz que veneramos los cristianos. Nunca nadie volvió a ser crucificado.

Durante la Alta Edad Media, los crucifijos representaban el triunfo de la Redención, con el santo Cristo, Glorioso, con larga túnica, con corona real: está en la cruz, pero es el Vencedor, el Resucitado. Sólo más tarde, en los años de las grandes místicos, se comenzó a ver y representar también al Cristo crucificado, en su estado de sufrimiento y dolor; y al mismo tiempo, la señal de la Cruz en todo valor simbólico de la fe, alcanza la plenitud que llega a nuestros días. Veamos ahora cómo era la muerte en la Cruz que voluntariamente quiso padecer nuestro Señor.

El suplicio de la cruz

LA cruz, como instrumento de tortura, era de una crueldad extrema porque pretendía prolongar largo tiempo la agonía del reo. La muerte le sobrevinía por asfixia, debida a la tensión de los brazos extendidos, cuando le fallaba el apoyo de los pies; éstos, apoyados en un pequeño caballete inclinado, y atravesados por clavos, producían un dolor insostenible, al intentar elevarse para respirar. El agotamiento que se producía tras muchas horas, acarrea la muerte. En cuanto a las manos, solían estar igualmente sujetas mediante clavos, pero para evitar su desgarramiento era frecuente atar los brazos por las muñecas, mediante cuerdas. Cuando los sayones eran expertos, clavaban las muñecas atravesando por un hueco en la articulación del antebrazo con la mano, que permitía una fijación sólida, y añadía un dolor suplementario al esfuerzo del reo por elevarse para respirar.

Se ha podido comprobar, por las crónicas de este período del Imperio Romano, que no siempre se utilizaban clavos para crucificar: El reo era simplemente atado a los dos troncos cruzados, pero con cuerdas muy tensas. Esto, aunque menos cruento, en ningún caso resultaba un alivio del sufrimiento. En efecto, los crucificados podían permanecer varios días ama-

rrados a su «patíbulo» mientras su desfallecimiento era terriblemente lento. El reo podía abandonarse, y ceder a la tensión de los brazos, pero al final, la apnea forzada le obligaba a erguirse sobre sus pies, por un acto reflejo producido por el instinto de conservación. Y su sufrimiento se prolongaba hasta la exasperación.

Cristo sí fue crucificado mediante clavos, y además hoy se sabe, analizando la Sábana Santa, mediante tres clavos (en lugar de cuatro), dos de los cuales le atravesaban las muñecas. Precisamente esta circunstancia, que sólo ha sido visible mediante la fotografía, y las técnicas gráficas posteriores, constituyen una prueba de convicción de la autenticidad de dicho lienzo. El suplicio de Jesús en la cruz fue de lo más cruel que se haya podido imaginar, porque como decimos, la agonía de los crucificados era muy larga. Dependía naturalmente del estado de agotamiento del reo porque, como decimos, estaba supeditada a su capacidad para resistir el dolor al elevarse sobre los pies clavados, y respirar. Por esto nuestro Señor murió relativamente pronto porque ya la flagelación había sido un castigo extraordinario. Pero Dios quiso dejar constancia de su poder en ello, y Jesús expiró exhalando una gran voz, para sorpresa y estupor del Centurión, que por ello le reconoce «Hijo de Dios».

La cruz, símbolo de los cristianos

COMO ya hemos dicho, la costumbre de ver la cruz en lugares de culto, y también en nuestras casas o presidiendo algunas ceremonias públicas, hace que no seamos totalmente conscientes de lo que representa para nosotros el símbolo que nos recuerda el lugar en el que el Hijo de Dios consumó el misterio de nuestra Redención. Es un patíbulo, que lejos de causarnos horror despierta en

nosotros, cuando lo queremos contemplar con fe, un profundo agradecimiento. Pero esta representación no se circunscribe solamente al instrumento sino que, como sabemos, habitualmente se le coloca visiblemente una imagen de Jesucristo crucificado, para recordarnos lo que algunos místicos han calificado de «locura de amor». Pero la cruz como símbolo también se venera sola y es visible en escritos, en lápidas y muchos lugares públicos.

La Cruz que, según san Pablo, para los judíos era escándalo y para los griegos necedad, escandalizó también a los discípulos de Jesús y se ha convertido, por una divina paradoja, en nuestro mejor símbolo de victoria y esperanza, en nuestro más seguro signo de salvación y de vida eterna.

Por esto es odiado este símbolo, por los enemigos de Dios, y sobre todo por el «enemigo del género humano» que no puede soportar que por esta cruz, que él inspiró a los verdugos de Jesús —«... esta es la hora y el poder de las tinieblas ...» (Lc 22, 53)— llegara la Redención a los hombres a los que tenía sujetos. Y hoy, viendo la eficacia sobrenatural de esta cruz, quiere quitarla de todo lugar público. Satanás, que inspiró a Caifás y forzó a Pilato a ejecutar a nuestro Señor, inspira ahora a los políticos laicistas, hijos de la Revolución, a quitar de nuestra vista y, si pudiera, incluso de nuestros corazones nuestra más preciada señal de identidad.

Pero sabemos que su propósito no ha de prevalecer, y no por nuestras fuerzas sino por los designios de Dios que aunque permite, de momento, esta persecución, su juicio va a ser inexorable: «... el príncipe de este mundo ya ha sido juzgado ...» (Jn 16, 11). Con estas palabras, Jesús les dice a los Apóstoles después de la Última Cena, cómo ha de ser el final de todas las persecuciones, cuando de forma definitiva se establezca su Reino, este Reino que todos deseamos y esperamos diciéndole: «¡Hasta cuándo Señor!»

Pensamientos del Cura de Ars

La Cruz es el libro más sabio que se puede leer. Los que no conocen este libro son unos ignorantes aunque conozcan todos los otros libros. Los verdaderos sabios son los que lo aman, lo consultan, lo profundizan. Por amargo que sea este libro, uno no es nunca tan feliz como ahogándose en sus amarguras. Más entra uno en su escuela, más quiere entrar. El tiempo pasa sin aburrimiento. Se sabe todo lo que se quiere saber, uno no se sacia nunca con lo que encuentra en él.

* * *

¡Qué pocos cristianos hay, como la Virgen, para seguimos hasta el Calvario!

«El Evangelio de la cruz» de san Pablo

Del libro La ciencia de la cruz, de Edith Stein (pág. 60)

En ninguna parte está expresado de manera tan clara y aguda como en el mensaje de san Pablo. Él ya posee una desarrollada Ciencia de la cruz, una Teología de la cruz desde la experiencia más íntima.

«Cristo me ha enviado... a evangelizar, y esto sin hacer ostentación de elocuencia, para que no se desvirtúe la cruz de Cristo. El lenguaje de la cruz, en efecto, es locura para los que se pierden; mas para los que están en vía de salvación –para nosotros– es fuerza de Dios»,¹ (...) «los judíos piden milagros y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos y locura para los paganos; mas para los que han sido llamados, sean judíos o griegos, se trata de un Cristo que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Pues lo que en Dios parece locura es más sabio que los hombres y lo que en Dios parece debilidad es más fuerte que los hombres».²

La «palabra de la cruz» es el Evangelio de Pablo, el mensaje que anuncia a judíos y a gentiles. Es un testimonio sencillo, sin adorno en la palabra, sin pretensión alguna de convencer con argumentos racionales. Saca toda su fuerza del testimonio mismo *de lo que* anuncia. Y ésta es la cruz de Cristo, es decir, la muerte de Cristo en la cruz y el mismo Crucificado. Cristo es fuerza de Dios y sabiduría de Dios, no sólo como enviado de Dios, Hijo de Dios y Dios Él mismo, sino como crucificado. Y es que la muerte de cruz es el medio de redención ideado por la sabiduría insondable de Dios. Y para mostrar que la fuerza y la sabiduría del hombre son incapaces de realizar la redención, Él da la fuerza redentora a aquel que, según las medidas humanas, parece débil y loco; aquel que no quiere ser nada por sí mismo, sino que deja que sólo la fuerza de Dios actúe en él; el que se ha «vaciado» de sí mismo y se ha «hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz».³ La fuerza redentora: es el poder de despertar la vida en quienes la vida divina estaba muerta por el pecado. Esta fuerza redentora de la cruz ha pasado a la «palabra de la Cruz» y, a través de esta palabra, se comunica a

cuantos la reciben, se abren a ella sin exigir milagros ni razones de sabiduría humana; en ellos se convierte en esta fuerza vivificadora y formadora que hemos denominado Ciencia de la cruz. Pablo mismo ha cumplido esto a la perfección: ...«la misma ley me ha llevado a romper con la ley, a fin de vivir para Dios. Estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí. Ahora, en mi vida mortal, vivo creyendo en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí».⁴

[...]

Éstos [los bautizados] se sumergen en su vida para convertirse en miembros de su Cuerpo y, como tales, sufrir con Él y morir con Él, pero también, resucitar con Él a la vida eterna y divina. Esta vida sólo llegará a nosotros en plenitud en el día de la gloria. Pero tenemos ya –en la carne– parte de ella mientras creemos: creemos que Cristo murió por nosotros por amor, para darnos la vida. Esta fe es la que nos deja ser uno con Él, como los miembros con la cabeza, y nos abre el torrente de su vida. De este modo, la fe en el Crucificado –la fe viva, emparejada con la entrega amorosa–, es para nosotros la puerta de entrada a la vida y el principio de la gloria futura; por eso la cruz es nuestro único título de gloria: «En cuanto a mí, jamás presumo de algo que no sea en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo».⁵ Quien se ha decidido por Cristo está muerto para el mundo y el mundo para él. Lleva en su cuerpo los estigmas del Señor,⁶ es débil y despreciado por los hombres, pero, precisamente por esto, fuerte, pues la fortaleza de Dios es poderosa en la debilidad.⁷ Con este conocimiento, no sólo toma el discípulo de Cristo sobre sí la cruz que le ha sido impuesta, sino que él mismo se crucifica. «Los que son de Cristo Jesús han crucificado sus apetitos desordenados junto con sus pasiones y apetencias».⁸ Han conducido una guerra inexorable contra su naturaleza, para que la vida del pecado muriese en ellos y diera lugar a la vida del espíritu.

4. Gál 2,19-20.

5. Gál 6,14.

6. Cf. Gal 6,17.

7. Cf. 2 Cor 12,9.

8. Gál 5,24.

1. 1 Cor 1,17-18.

2. 1 Cor 1,22-25.

3. Fil 2,7-8.

Que la cruz sea tu gozo también en tiempo de persecución

*De las catequesis de san Cirilo de Jerusalén, obispo
(Catequesis 13, 1. 3. 6. 23: PG 33, 771-774. 779. 799. 802)*

Cualquier acción de Cristo es motivo de gloria para la Iglesia universal; pero el máximo motivo de gloria es la cruz. Así lo expresa con acierto Pablo, que tan bien sabía de ello: «En cuanto a mí, líbreme Dios de gloriarme si no es en la cruz de Cristo».

Fue ciertamente digno de admiración el hecho de que el ciego de nacimiento recobrarla la vista en Siloé; pero, ¿en qué benefició esto a todos los ciegos del mundo? Fue algo grande y preternatural la resurrección de Lázaro, cuatro días después de muerto; pero este beneficio le afectó a él únicamente, pues, ¿en qué benefició a los que en todo el mundo estaban muertos por el pecado? Fue cosa admirable el que cinco panes, como una fuente inextinguible, bastaran para alimentar a cinco mil hombres; pero, ¿en qué benefició a los que en todo el mundo se hallaban atormentados por el hambre de la ignorancia? Fue maravilloso el hecho de que fuera liberada aquella mujer a la que Satanás tenía ligada por la enfermedad desde hacía dieciocho años; pero, ¿de qué nos sirvió a nosotros, que estábamos ligados con las cadenas de nuestros pecados?

En cambio, el triunfo de la cruz iluminó a todos los que padecían la ceguera del pecado, nos liberó a todos de las ataduras del pecado, redimió a todos los hombres.

Por consiguiente, no hemos de avergonzarnos de la cruz del Salvador, sino más bien gloriarnos de ella. Porque el mensaje de la cruz es escándalo para los judíos, necedad para los griegos, mas para nosotros es salvación. Para los que están en vías de perdición es necedad, mas para nosotros, que estamos en vías de salvación, es fuerza de Dios. Porque el

que moría por nosotros no era un hombre cualquiera, sino el Hijo de Dios, Dios hecho hombre. En otro tiempo, aquel cordero sacrificado por orden de Moisés alejaba al exterminador; con mucha más razón el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo nos librerá del pecado. Si la sangre de una oveja irracional fue signo de salvación, ¿cuánto más salvadora no será la sangre del Unigénito?

Él no perdió la vida coaccionado ni fue muerto a la fuerza, sino voluntariamente. Oye lo que dice: «Soy libre para dar mi vida y libre para volverla a tomar». Fue, pues, a la pasión por su libre determinación, contento con la gran obra que iba a realizar, consciente del triunfo que iba a obtener, gozoso por la salvación de los hombres; al no rechazar la cruz, daba la salvación al mundo. El que sufría no era un hombre vil, sino el Dios humanado, que luchaba por el premio de su obediencia.

Por lo tanto, que la cruz sea tu gozo no sólo en tiempo de paz; también en tiempo de persecución has de tener la misma confianza, de lo contrario, serías amigo de Jesús en tiempo de paz y enemigo suyo en tiempo de guerra. Ahora recibes el perdón de tus pecados y las gracias que te otorga la munificencia de tu rey; cuando sobrevenga la lucha, pelea denodadamente por tu rey.

Jesús, que en nada había pecado, fue crucificado por ti; y tú, ¿no te crucificarás por Él, que fue clavado en la cruz por amor a ti? No eres tú quien le haces un favor a Él, ya que tú has recibido primero; lo que haces es devolverle el favor, saldando la deuda que tienes con aquel que por ti fue crucificado en el Gólgota.

Pensamientos del Cura de Ars

La Cruz abraza al mundo. Está plantada por todos los confines del universo.
Hay un trozo para cada uno.

¡Oh cruz fiel, árbol único en nobleza!

El himno «O crux fidelis», que se canta en las Laudes del Viernes Santo, se atribuye a san Venancio Fortunato, poeta del siglo VI, obispo de Poitiers, autor de numerosos himnos litúrgicos, entre ellos el «Pange lingua» y «Vexilla regis».

¡Oh Cruz fiel, árbol único en nobleza!
Jamás el bosque dio mejor tributo
en hoja, en flor y en fruto.
¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la Vida empieza
con un peso tan dulce en su corteza!

Cantemos la nobleza de esta guerra,
el triunfo de la sangre y del madero;
y un Redentor, que en trance de Cordero,
sacrificado en cruz, salvó la tierra.

Dolido mi Señor por el fracaso
de Adán, que mordió muerte en la manzana,
otro árbol señaló, de flor humana,
que reparase el daño paso a paso.

Y así dijo el Señor: «¡Vuelva la Vida,
y que el Amor redima la condena!»
La gracia está en el fondo de la pena,
y la salud naciendo de la herida.

¡Oh plenitud del tiempo consumado!
Del seno de Dios Padre en que vivía,
ved la Palabra entrando por María
en el misterio mismo del pecado.

¿Quién vió en más estrechez gloria más plena,
y a Dios como el menor de los humanos?
Llorando en el pesebre, pies y manos
le faja una doncella nazarena.

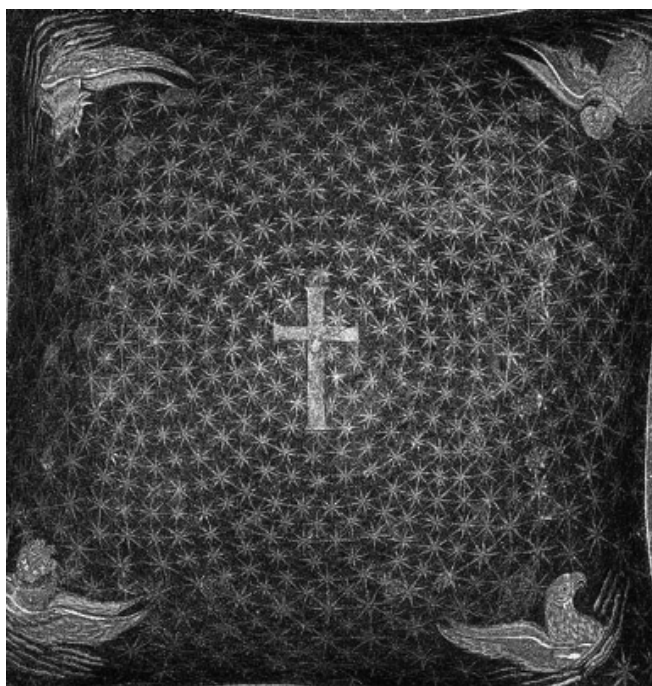
En plenitud de vida y de sendero,
dió el paso hacia la muerte porque Él quiso.
Mirad de par en par el paraíso
abierto por la fuerza de un Cordero.

Vinagre y sed la boca, apenas gime;
y, al golpe de los clavos y la lanza,
un mar de sangre fluye, inunda, avanza
por tierra, mar y cielo, y los redime.

Ablándate, madero, tronco abrupto
de duro corazón y fibra inerte;
doblégate a este peso y esta muerte
que cuelga de tus ramas como un fruto.

Tú, solo entre los árboles, crecido
para tender a Cristo en tu regazo;
tú, el arca que nos salva; tú, el abrazo
de Dios con los verdugos del Ungido.

Al Dios de los designios de la historia,
que es Padre, Hijo y Espíritu, alabanza;
al que en la cruz devuelve la esperanza
de toda salvación, honor y gloria. Amén.



Mosaico de la cúpula del mausoleo de Galla Placidia, en Ravena, que contiene una de las primeras representaciones artísticas de la cruz (425-430).

La Cruz es la gloria y exaltación de Cristo

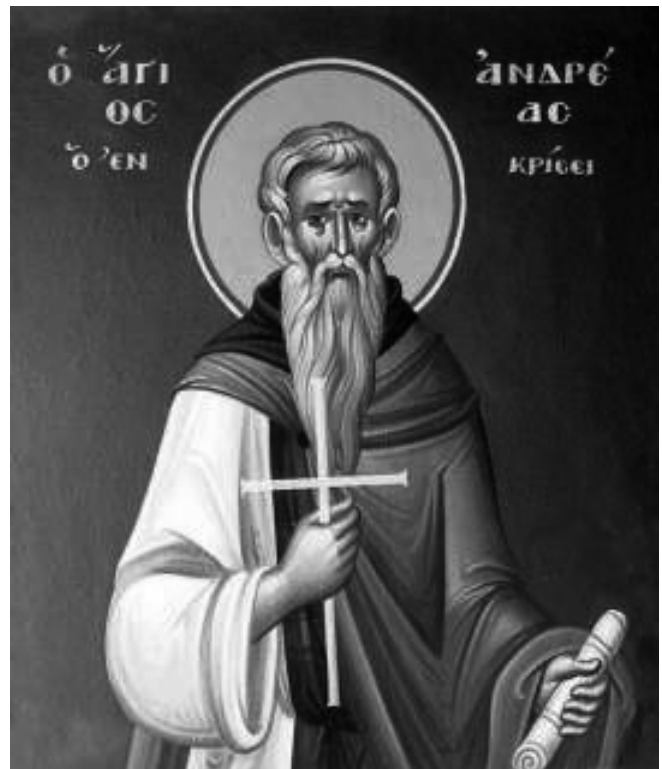
San Andrés de Creta (660-740) fue obispo de Gortina, en la isla de Creta. Asistió al VI Concilio Ecuménico celebrado en Constantinopla, como delegado del patriarca de Jerusalén. Compuso himnos litúrgicos y nos ha dejado, además, unos sermones. Del sermón 10 reproducimos un fragmento, que se lee en el Oficio del día 14 de septiembre, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz.

Por la Cruz, cuya fiesta celebramos, fueron expulsadas las tinieblas y devuelta la luz. Celebramos hoy la fiesta de la cruz y, junto con el Crucificado, nos elevamos hacia lo alto, para, dejando abajo la tierra y el pecado, gozar de los bienes celestiales; tal y tan grande es la posesión de la cruz. Quien posee la cruz posee un tesoro. Y, al decir un tesoro, quiero significar con esta expresión a aquel que es, de nombre y de hecho, el más excelente de todos los bienes, en el cual, por el cual y para el cual culmina nuestra salvación y se nos restituye a nuestro estado de justicia original.

Porque, sin la cruz, Cristo no hubiera sido crucificado. Sin la cruz, aquel que es la vida no hubiera sido clavado en el leño. Si no hubiese sido clavado, las fuentes de la inmortalidad no hubiesen manado de su costado la sangre y el agua que purifican el mundo, no hubiese sido rasgado el documento en que constaba la deuda contraída por nuestros pecados, no hubiéramos sido declarados libres, no disfrutaríamos del árbol de la vida, el paraíso continuaría cerrado. Sin la cruz, no hubiera sido derrotada la muerte, ni despojado el lugar de los muertos.

Por esto, la cruz es cosa grande y preciosa. Grande, porque ella es el origen de innumerables bienes, tanto más numerosos, cuanto que los milagros y sufrimientos de Cristo juegan un papel decisivo en su obra de salvación. Preciosa, porque la cruz significa a la vez el sufrimiento y el trofeo del mismo Dios: el sufrimiento, porque en ella sufrió una muerte voluntaria; el trofeo, porque en ella quedó herido de muerte el demonio y, con él, fue vencida la muerte. En la cruz fueron demolidas las puertas de la región de los muertos, y la cruz se convirtió en salvación universal para todo el mundo.

La cruz es llamada también gloria y exaltación de Cristo. Ella es el cáliz rebosante, de que nos habla el salmo, y la culminación de todos los tormentos que padeció Cristo por nosotros. El mismo Cristo nos enseña que la cruz es su gloria, cuando dice: Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es



glorificado en Él, y pronto lo glorificará. Y también: Padre, glorifícame con la gloria que yo tenía cerca de ti, antes que el mundo existiese. Y asimismo dice: «Padre, glorifica tu nombre». Entonces vino una voz del cielo: «Lo he glorificado y volveré a glorificarlo», palabras que se referían a la gloria que había de conseguir en la cruz.

También nos enseña Cristo que la cruz es su exaltación, cuando dice: «Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí». Está claro, pues, que la cruz es la gloria y exaltación de Cristo.

San Francisco de Asís – «Vita secunda» de Tomás de Celano

Tomás de Celano (siglo XIII), natural de la población de Celano, en la región italiana de los Abruzzos, entró en la orden franciscana en vida de san Francisco, al que conoció personalmente. Viajó por Europa por encargo de la Orden y una vez fallecido el santo fundador recibió el encargo de escribir su biografía, encargo que cumplió en tres etapas. Se le atribuye, entre otras obras, el himno sacro «Dies irae». A san Francisco de Asís debemos la contemplación devota de la humilde humanidad de Cristo, especialmente en dos momentos de su vida: en el nacimiento en la cueva de Belén y en su pasión y muerte en la cruz del Gólgota.

CAPÍTULO VI

LA IMAGEN DEL CRUCIFIJO QUE LE HABLÓ Y EL HONOR EN QUE LA TUVO

10. Ya cambiado perfectamente en su corazón, a punto de cambiar también en su cuerpo, anda un día cerca de la iglesia de San Damián, que estaba casi derruida y abandonada de todos. Entra en ella, guiándole el Espíritu, a orar, se prostra suplicante y devoto ante el crucifijo, y, visitado con toques no acostumbrados en el alma, se reconoce luego distinto de cuando había entrado. Y en este trance, la imagen de Cristo crucificado –cosa nunca oída–, desplegando los labios, habla desde el cuadro a Francisco. Llamándolo por su nombre: «Francisco –le dice–, vete, repara mi casa, que, como ves, se viene del todo al suelo». Presa de temblor, Francisco se pasma y como que pierde el sentido por lo que ha oído. Se apronta a obedecer, se reconcentra todo él en la orden recibida.

Pero... nos es mejor callar, pues experimentó tan inefable cambio, que ni él mismo ha acertado a describirlo. Desde entonces se le clava en el alma santa la compasión por el Crucificado, y, como puede creerse piadosamente, se le imprimen profundamente en el corazón, bien que no todavía en la carne, las venerandas llagas de la pasión.

11. ¡Cosa admirable e inaudita en nuestros tiempos! ¿Cómo no asombrarse ante esto? ¿Quién ha pensado algo semejante? ¿Quién duda de que Francisco, al volver a la ciudad, apareciera crucificado, si aun antes de haber abandonado del todo el mundo en lo exterior, Cristo le habla desde el leño de la cruz con milagro nuevo, nunca oído? Desde aquella hora desfalleció su alma al oír hablar al Amado (cf. Ct 5,4). Poco más tarde, el amor del

corazón se puso de manifiesto en las llagas del cuerpo.

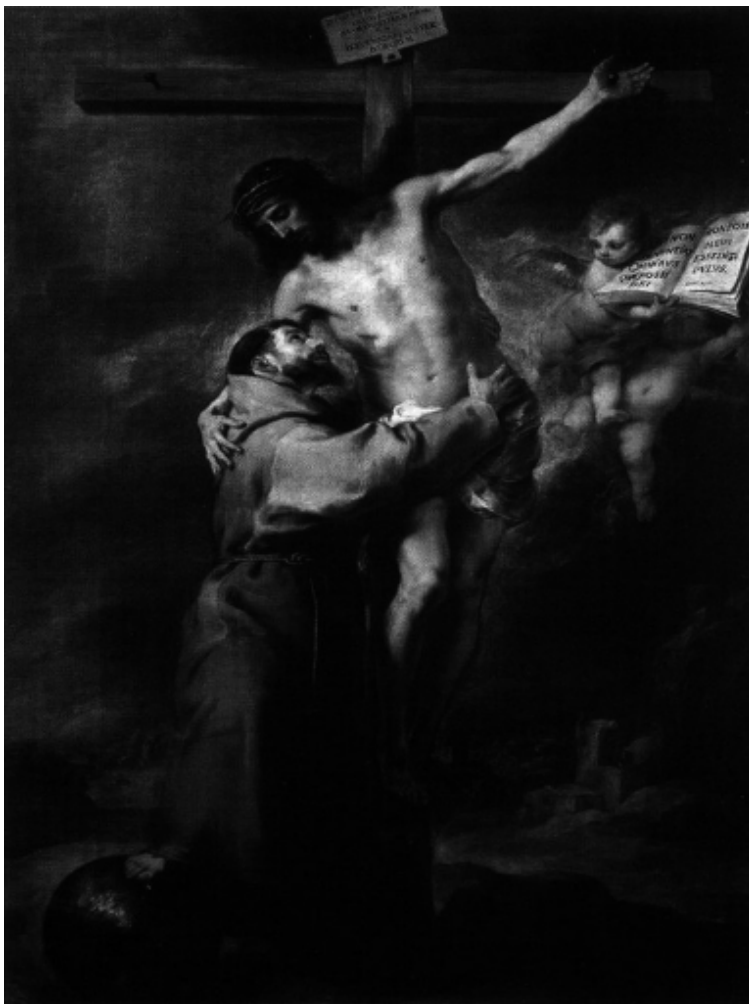
Por eso, no puede contener en adelante el llanto; gime lastimeramente la pasión de Cristo, que casi siempre tiene ante los ojos. Al recuerdo de las llagas de Cristo, llena de lamentos los caminos, no admite consuelo. Se encuentra con un amigo íntimo, que, al conocer la causa del dolor de Francisco, luego rompe a llorar también él amargamente.

Pero no descuida por olvido la santa imagen misma, ni deja, negligente, de cumplir el mandato recibido de ella. Da, desde luego, a cierto sacerdote una suma de dinero con que comprar lámpara y aceite para que ni por un instante falte a la imagen sagrada el honor merecido de la luz. Después, ni corto ni perezoso, se apresura a poner en práctica lo demás, trabajando incansable en reparar la iglesia. Pues, aunque el habla divina se había referido a la Iglesia que había adquirido Cristo con su sangre, Francisco, que había de pasar poco a poco de la carne al espíritu, no quiso verse de golpe encumbrado.

CAPÍTULO CLII

LA DEVOCIÓN AL CUERPO DEL SEÑOR

201. Ardía en fervor, que le penetraba hasta la médula, para con el sacramento del cuerpo del Señor, admirando locamente su cara condescendencia y su condescendiente caridad. Juzgaba notable desprecio no oír cada día, a lo menos, una misa, pudiendo oírla. Comulgaba con frecuencia y con devoción tal, como para infundirla también en los demás. Como tenía en gran reverencia lo que es digno de toda reverencia, ofrecía el sacrificio de todos los



miembros, y al recibir al Cordero inmolado inmola-
ba también el alma en el fuego que le ardía de con-
tinuo en el altar del corazón.

Por esto amaba a Francia, por ser devota del cuer-
po del Señor; y deseaba morir allí, por la reverencia
en que tenían el sagrado misterio.

Quiso a veces enviar por el mundo hermanos que
llevasen copones preciosos, con el fin de que allí
donde vieran que estaba colocado con indecencia lo
que es el precio de la redención, lo reservaran en el
lugar más escogido.

Quería que se tuvieran en mucha veneración las
manos del sacerdote, a las cuales se ha concedido el
poder tan divino de realizarlo. Decía con frecuen-
cia: «Si me sucediere encontrarme al mismo tiempo
con algún santo que viene del cielo y con un sacer-
dote pobrecillo, me adelantaría a presentar mis res-
petos al presbítero y correría a besarle las manos, y
diría: “¡Oye, san Lorenzo, espera!, porque las ma-
nos de éste tocan al Verbo de vida y poseen algo que
está por encima de lo humano”».

CAPÍTULO CLIV

LA DEVOCIÓN A LA CRUZ. UN MISTERIO OCULTO

203. Y para terminar, ¿quién podría decir, quién
podría comprender cuán lejos estaba de gloriarse si
no es en la cruz del Señor? (Gál 6,14). Sólo a quien
lo ha experimentado le es dado saberlo. De seguro
que, aun cuando de alguna manera percibiéramos
en nosotros aquellas cosas, no encontraríamos de
ningún modo –para expresar realidades tan excelen-
tes y maravillosas– palabras que están ya envileci-
das por su aplicación a lo cotidiano y vulgar. Y tal
vez por eso tuvo que ser revelado en la carne lo que
no hubiera podido ser explicado con palabras. Ha-
ble, pues, el silencio donde falla la palabra, que tam-
bién lo significado clama cuando falla el signo. Baste
a los hombres saber sólo esto: que no está todavía
del todo claro por qué apareció en el Santo aquel
sacramento, pues, cuando él se ha dignado hacer al-
guna revelación, lo que se refiere a la razón y a la
finalidad nos lo ha dejado pendiente del futuro. Re-
sultará veraz y digno de fe quien tendrá por testigos
la naturaleza, la ley y la gracia.

A Cristo en la cruz

LOPE FÉLIX DE VEGA Y CARPIO

¿Quién es aquel Caballero
herido por tantas partes,
que está de expirar tan cerca,
y no le socorre nadie?
«Jesús Nazareno» dice
aquel rétulo notable.
¡Ay Dios, que tan dulce nombre
no promete muerte infame!
Después del nombre y la patria,
Rey dice más adelante,
pues si es rey, ¿cuándo de espinas
han usado coronarse?
Dos cetros tiene en las manos,
mas nunca he visto que claven
a los reyes en los cetros
los vasallos desleales.
Unos dicen que si es Rey,
de la cruz descienda y baje;
y otros, que salvando a muchos,
a sí no puede salvarse.
De luto se cubre el cielo,
y el sol de sangriento esmalte,
o padece Dios, o el mundo
se disuelve y se deshace.
Al pie de la cruz, María
está en dolor constante,
mirando al Sol que se pone
entre arreboles de sangre.
Con ella su amado primo
haciendo sus ojos mares,
Cristo los pone en los dos,
más tierno porque se parte.
¡Oh lo que sienten los tres!
Juan, como primo y amante,
como madre la de Dios,
y lo que Dios, Dios lo sabe.
Alma, mirad cómo Cristo,
para partirse a su Padre,
viendo que a su Madre deja,
le dice palabras tales:
Mujer, ves ahí a tu hijo
y a Juan: Ves ahí tu Madre.

Juan queda en lugar de Cristo,
¡ay Dios, qué favor tan grande!
Viendo, pues, Jesús que todo
ya comenzaba a acabarse,
Sed tengo, dijo, que tiene
sed de que el hombre se salve.
Corrió un hombre y puso luego
a sus labios celestiales
en una caña una esponja
llena de hiel y vinagre.
¿En la boca de Jesús
pones hiel?, hombre, ¿qué haces?
Mira que por ese cielo
de Dios las palabras salen.
Advierte que en ella puso
con sus pechos virginales
una ave su blanca leche
a cuya dulzura sabe.
Alma, sus labios divinos,
cuando vamos a rogarle,
¿cómo con vinagre y hiel
darán respuesta süave?
Llegad a la Virgen bella,
y decirle con el ángel:
«Ave, quitad su amargura,
pues que de gracia sois Ave».
Sepa al vientre el fruto santo,
y a la dulce palma el dátil;
si tiene el alma a la puerta
no tengan hiel los umbrales.
Y si dais leche a Bernardo,
porque de madre os alabe,
mejor Jesús la merece,
pues Madre de Dios os hace.
Dulcísimo Cristo mío,
aunque esos labios se bañen
en hiel de mis graves culpas,
Dios sois, como Dios habladme.
Habladme, dulce Jesús,
antes que la lengua os falte,
no os descendan de la cruz
sin hablarme y perdonarme.



María al pie de la cruz

(De «Historias de la Pasión», cap. 37, núms. 3 y 5,
del padre Luis de La Palma, S. I.)



Estaba, pues, dice san Juan, cerca de la cruz de Jesús su Madre, y en su compañía estaba su hermana María Cleofé y también María Magdalena; y no solamente estaban cerca de la cruz, viendo con sus piadosos ojos las heridas del Hijo, más aún estaba en pie. ¡Oh fortaleza de ánimo! ¡Oh maravillosa constancia de Madre, tan parecida a su Hijo! El Hijo moría y la Madre no temía la muerte; el Hijo estaba estirado en la cruz y la Madre estaba en pie junto a ella; el Hijo padecía y la Madre se ofrecía varonilmente a los perseguidores; el Hijo daba la vida por la salud del mundo y la Madre estaba dispuesta a dar también, si fuera menester, la suya. El mundo se transtornaba, la tierra se estremecía y las columnas del cielo temblaban y la Virgen se estaba quieta en su lugar. Las piedras se hacían pedazos y estaba entero el corazón de la Madre. Los vientos bramaban y las olas subían hasta el cielo, y la navicilla de la Virgen, gobernada por el Espíritu Santo, iba firme, y sin torcer el rumbo un punto de la voluntad de Dios.

Pero con esta conformidad de voluntad ¿qué entendimiento podrá comprender o qué lengua declarar las lágrimas y el dolor, los gemidos y quebrantamiento de corazón que tuvo la bendita Madre, viendo a su dulcísimo Hijo sufrir tan grandes, tan largos y tan vergonzosos tormentos? Porque a la medida del amor es la del dolor; y cuál era el amor de su

corazón, tal era su angustia; y así como no se puede bien entender el amor que tenía la Virgen a su Hijo, así ni el dolor que recibió de sus dolores.

(...)

Estaba con todo esto, allí la Virgen, y estaba cerca de la cruz, y estaba también en pie con maravillosa constancia y entereza, dándole fuerzas el amor para llevar la carga que el mismo amor le ponía, ofreciendo a Dios con encendida caridad y humilde obediencia aquel Hijo que concebido con tanto gozo y parido con tanta gloria, y criado con tanto amor y vistos sus milagros con tanta admiración, y oídas sus palabras con tanto gusto y provecho de su alma. ¡Y ahora le veía morir, no en su cama y con su honra, sino por justicia, pregonado por blasfemo y traidor, llagado todo su cuerpo y colgado por tres clavos de un madero, entre dos ladrones!

Y allí, entre los verdugos que le habían crucificado y le estaban guardando, y entre las voces del pueblo furioso, que le injuriaba, estaba la piadosa Madre, viendo y oyendo de cerca lo que se hacía y decía. Honraba también con su presencia aquel lugar infame, y entraba a la parte de la cruz con su Hijo, y vencía con su fe y obediencia a todos los pasados, y estaba puesta para ejemplo y consuelo de todos los que en algún tiempo habían de tener parte en la cruz.

Carta a los Amigos de la Cruz

SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT

1. ¡Queridos amigos de la Cruz! La Cruz del Señor me mantiene oculto y me prohíbe dirigirles la palabra. Por ello, no puedo ni quiero hablarles de vida y voz para comunicarles los sentimientos de mi corazón acerca de la excelencia de la Cruz y de las prácticas maravillosas de su Asociación en la Cruz admirable de Jesucristo.

Sin embargo, hoy, último día de mis ejercicios espirituales, salgo, por decirlo así, del delicioso retiro de mi alma, para trazar sobre el papel algunos dardos de la Cruz, que penetren hasta el fondo de sus almas. ¡Ojalá para afilarlos sólo hiciera falta la sangre de mis venas, en lugar de la tinta de mi pluma! Pero, ¡ay!, aunque mi sangre fuera necesaria, es demasiado criminal. Que el Espíritu de Dios vivo sea, entonces, el aliento, la fuerza y el contenido de estas líneas. Que la unción divina del Espíritu sea la tinta con que escribo; la Cruz adorable, mi pluma; sus corazones, el papel.

PRIMERA PARTE

EXCELENCIA DE LA ASOCIACIÓN DE LOS AMIGOS DE LA CRUZ

2. Ustedes se hallan vigorosamente unidos como verdaderos cruzados, para combatir al pecado. No huyen cobardemente del mundo por temor a la derrota. Más bien se comprometen como intrépidos y valerosos soldados en el campo de batalla, sin retroceder un solo paso ni huir cobardemente. ¡Ánimo! ¡Luchen con valor!

Únanse fuertemente de espíritu y de corazón. Pues su Asociación es mil veces más sólida y terrible contra el pecado y contra el infierno de lo que serían los ejércitos de un reino fuertemente unido contra los enemigos del estado.

Los demonios se conjuran para arrastrarlos a ustedes a la perdición: ¡únanse para derrotarlos! Los avaros se juntan para negociar y amontonar oro y plata: ¡unan ustedes sus esfuerzos para conquistar los tesoros de la eternidad, ocultos en la Cruz! Los libertinos se asocian para divertirse: ¡únanse ustedes para caminar en pos de Jesús crucificado!



A - Excelencia del nombre de Amigos de la Cruz

3. Su nombre es «Amigos de la Cruz». ¡Qué nombre tan glorioso! Les confieso que me encanta y me cautiva: es más brillante que el sol, más encumbrado que los mayores títulos de reyes y emperadores. Es el nombre excelso de Jesucristo, Dios y Hombre verdadero. Es el verdadero nombre de un cristiano de verdad (ver Gál 6,14).

4. Pero, si su excelencia me cautiva, también su grandeza me anonada. ¡Qué compromiso tan serio y

difícil conlleva este nombre! Bien lo expresa el Espíritu Santo, al decir: «Ustedes son una raza elegida, un reino sacerdotal, una nación consagrada, un pueblo al que Dios eligió...» (1Pe 2,9).

Un *Amigo de la Cruz* es alguien a quien Dios elige entre diez mil personas que viven conforme a sus sentidos y caprichos. Es alguien a quien Dios hace partícipe de su misma vida y que, superándose a sí mismo y luchando contra los intereses terrenos, vive su existencia a la luz de una fe viva y con amor ardiente a la Cruz.

El *Amigo de la Cruz* es un rey poderoso, un héroe que triunfa sobre el demonio, el mundo y la carne en sus tres concupiscencias. Efectivamente, al amar la pobreza, triunfa sobre la avaricia; al amar el sufrimiento, domina la sensualidad.

El *Amigo de la Cruz* es un hombre santo que trasciende todo lo visible. Su corazón se eleva sobre lo caduco y perecedero. Su conversación está en los cielos (Flp 3,20). Vive en esta tierra como extranjero y peregrino (1Pe 2,11), y, sin apegarse a ella, la mira con indiferencia y la pisotea con desdén.

El *Amigo de la Cruz* es una conquista excepcional de Jesús crucificado y de su Madre santísima. Es un Benjamín hijo del dolor y de la diestra (Gn 35,18), concebido en el corazón doliente de Jesús, nacido de su costado lacerado y empapado en la púrpura de su sangre (Jn 19,34). Hace honor a su origen sangriento y por ello sólo respira cruz, sangre y muerte a lo mundano, a lo carnal y pecaminoso (Rm 6,2.20; 1Pe 2,24...), a fin de vivir en la tierra oculto en Dios con Jesucristo (Col 3,3).

Finalmente, el verdadero *Amigo de la Cruz* es un verdadero portacristo o mejor, un Cristo viviente, que puede decir con toda verdad: «Ya no vivo yo: Cristo vive en mí» (Gál 2,20).

5. ¿Corresponden sus obras, queridos Amigos de la Cruz, a lo que significa su grandioso nombre? ¿Tienen, al menos, deseo sincero y voluntad resuelta de lograr ese ideal con la gracia de Dios a la sombra de la Cruz del Calvario y de la Virgen Dolorosa? ¿Utilizan los medios para lograrlo? ¿Avanzan por la verdadera senda de la vida (Prov 6,23), que es la estrecha y espinosa senda del Calvario? ¿No estarán caminando sin darse cuenta por la senda anchurosa del pecado, que conduce a la perdición? (Mt 7,13-14). ¿Se acuerdan de que «hay un camino que le parece recto a uno, pero en fin de cuentas conduce a la muerte»? (Prov 14,28).

6. ¿Saben discernir con claridad entre la voz de Dios y de su gracia y la voz del mundo y de la naturaleza? ¿Perciben con nitidez la voz de Dios, que como Padre cariñoso, luego de lanzar una triple maldición contra quienes siguen las concupiscencias pecaminosas [¡Ay, ay, ay! ¡Pobres los habitantes de la tierra! (Ap 8,13)], les dice a Uds. mientras les

tiende los brazos con amor: «Pueblo mío... aléjense, apártense, escogidos míos, Amigos de la Cruz de mi Hijo; apártense de los mundanos a quienes mi Majestad detesta, a quienes mi Hijo rechaza (Jn 16,8-11) y mi Espíritu Santo condena?».

«¡Cuidado con sentarse en su trono de perdición, con participar en sus asambleas y hasta con detenerse en sus caminos! (Sal 1,1). ¡Huyan de la populosa e infame Babilonia! (Is 48,20; Jr 50,18; 51,6.9.45...). ¡Escuchen solamente la voz de mi querido Hijo y sigan sus huellas! Se lo he dado a ustedes para que sea su Camino, Verdad, Vida (Jn 14,6) y Modelo: ¡Escúchenlo! (Mc 9,7). Oigan la voz del amable Jesús que, cargado con su cruz, les dice: «¡Sígueme! El que me sigue no camina en tinieblas (Jn 8,12). ¡Ánimo, yo he vencido al mundo!» (Jn 8,20).

B - Los dos bandos

7. Ahí tienen, queridos Amigos, los dos bandos (Jn 16,33), con que a diario nos encontramos: el de Jesucristo y el del pecado.

A la derecha (Mt 6,24), el de nuestro amable Salvador. Avanza por un camino más estrecho y reducido que nunca, a causa de la corrupción del mundo. El divino Maestro encabeza el desfile. Avanza con los pies descalzos, la cabeza coronada de espinas, el cuerpo ensangrentado. Lleva a cuestras una pesada cruz. Sólo le sigue un puñado de personas; eso sí, las más valientes. Porque la voz de Jesús es tan suave que no se la puede escuchar en medio del tumulto del mundo o porque hace falta el valor necesario para seguirlo en la pobreza, los dolores, las humillaciones y demás cruces que es preciso llevar para servir al Señor todos los días.

8. A la izquierda, el bando del pecado o del demonio (Mt 25,33). Bando mucho más numeroso, espléndido y vistoso, al menos en apariencia. Lo más selecto del mundo corre hacia él. Las gentes se apretujan, aunque los caminos son anchos y más espaciosos que nunca, porque las multitudes transitan por ellos como torrentes. Sus senderos están tapizados de flores, bordeados de diversiones y placeres, cubiertos de oro y plata (Mt 7,13-14).

9. A la derecha, el ‘pequeño rebaño’ (Lc 12,32) que sigue a Jesucristo: habla sólo de lágrimas, penitencia, oración y desprecio a lo mundano. Se oyen allí continuamente palabras como éstas entrecortadas por sollozos: «Suframos, gimamos, ayunemos, oremos, ocultémonos, vivamos como pobres, mortifiquémonos (Jn 16,20). Pues, quien no posee el espíritu de Jesucristo –que es espíritu de Cruz– no puede pertenecerle a Él (Rm 8,9). ‘Los que pertenecen a Jesucristo tienen crucificada su carne con sus pa-

siones y deseos' (Gál 5,24). O somos imagen viviente de Jesucristo o nos perdemos.

«¡Ánimo! –gritan– «¡Ánimo! Si Dios está por nosotros, en nosotros y avanza delante de nosotros, ¿quién puede estar en contra nuestra? (ver Rm 8,31). Quien pertenece a los nuestros es más poderoso que quien sigue lo mundano. Un criado no es más que su señor (Jn 13,16; 15,20). Una momentánea y ligera tribulación produce un peso eterno de gloria (2Cor 4,17). El número de los elegidos es menor de lo que pensamos (Mt 20,26); Lc 13,23.24). Solamente los valientes y esforzados arrebatan el cielo (Mt 11,12). Un atleta no recibe el premio si no compete conforme al reglamento (2Tm 2,5). ¡Luchemos, pues, con valentía! ¡Corramos a toda prisa para alcanzar la meta y ganar la corona» (1Cor 5,24-25).

Estas son algunas de las ardorosas palabras con que se animan unos a otros los Amigos de la Cruz!

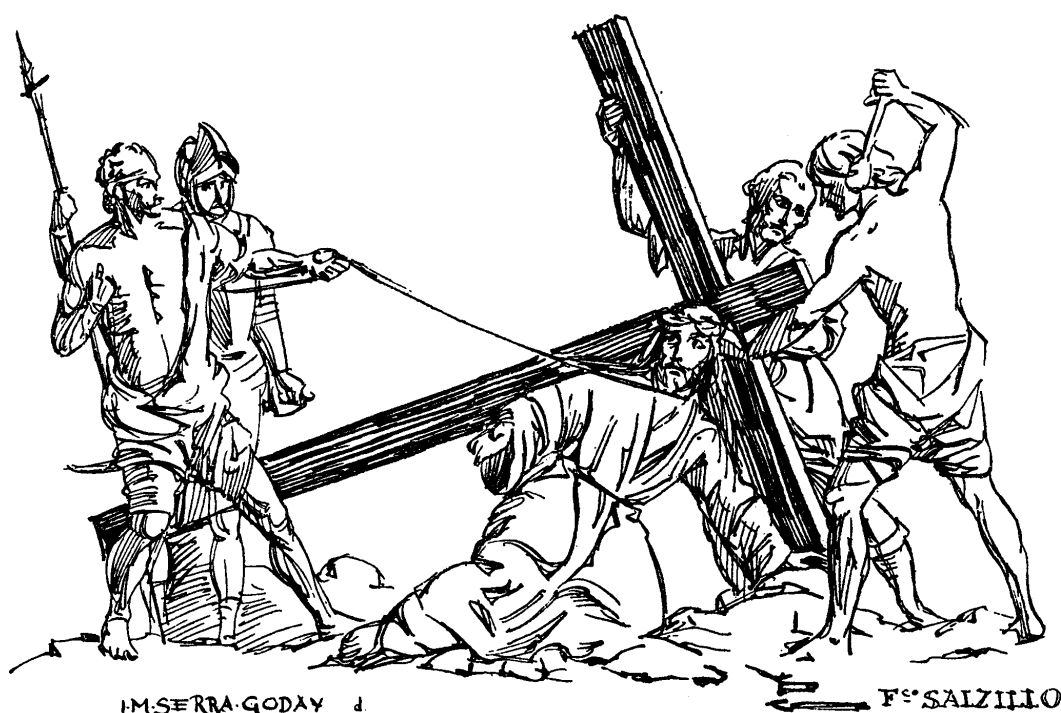
10. En cambio, los amigos de lo mundano, gritan sin descanso para animarse a perseverar en su malicia sin escrúpulos: «¡Buena paz, paz, paz! (Jr 6,14; 8,11). ¡Alegría, alegría! (Is 22,12; Mt 24,27-39). ¡Cantemos, bailemos, divirtámonos! Dios es bondadoso y no nos creó para la condenación ni prohíbe divertirnos! No nos vamos a condenar por esto. ¡Fuera escrúpulos! ¡No morirán!, etc.» (Gén 3,4).

11. Recuerden, queridos asociados, que el buen Jesús les está mirando, y le dice a cada uno en particular: «Miren: casi todos me abandonan en el camino real de la Cruz. Los idólatras, ennegrecidos, se burlan de mi Cruz como de una locura; los judíos, en su obstinación, se escandalizan de ella (1Cor 1,23), como objeto horrorizante; los herejes la desmenuzan y derriban como cosa despreciable.

«Más aún –y esto lo digo con lágrimas en los ojos y el corazón traspasado de dolor– mis propios hijos, criados a mis pechos y formados en mi escuela, mis propios miembros vivificados por mi Espíritu, me han abandonado y despreciado, convirtiéndose en enemigos de mi Cruz (Is 1,2; Flp 3,18). ¿Acaso ustedes también quieren dejarme (Jn 6,68), huyendo de mi Cruz, como los mundanos que en esto son otros tantos anticristos? (Ya han venido varios anticristos [1Jn 2,18]). ¿Quieren también ustedes conformarse a la corriente del mundo en que vivimos (Rm 12,2) y menospreciar la pobreza de mi Cruz, para correr en pos de las riquezas? ¿Quieren esquivar los dolores de mi Cruz para correr detrás de los placeres? ¿Oodian las humillaciones de la Cruz para irse detrás de los honores?

«Aparentemente tengo muchos amigos que declaran amarme, pero que en el fondo me aborrecen, porque no aman mi Cruz. Tengo muchos amigos de mi mesa, pero muy pocos de mi Cruz» (*Imitación de Cristo*, II, c 2, n 1).

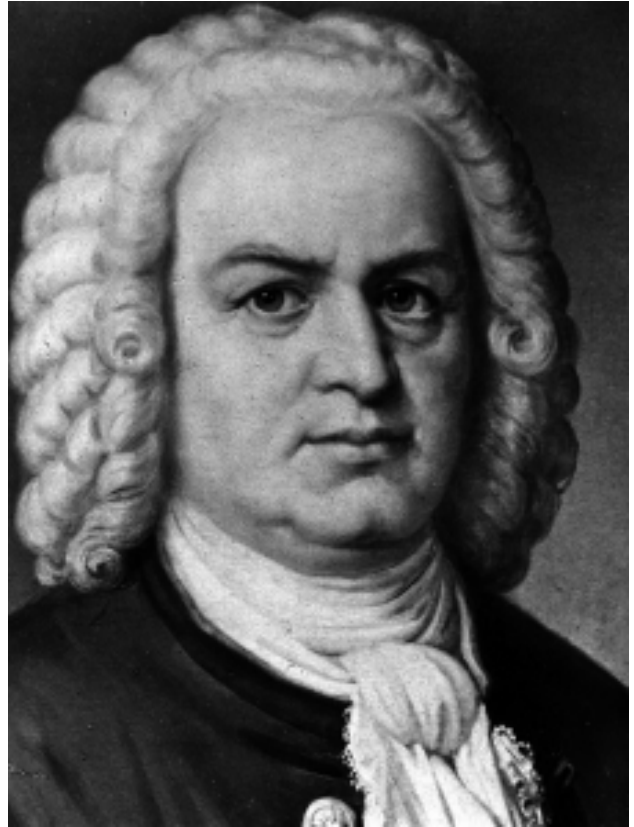
12. Ante llamada tan cariñosa de Jesucristo, superémonos a nosotros mismos. No nos dejemos arrastrar por nuestros sentidos, como Eva (Gén 3,6). Miremos sólo a Jesús crucificado, autor y consumidor de nuestra fe (Heb 12,2). Huyamos de la corrupción de las concupiscencias del mundo depravado (2Pe 1,4). Amemos a Jesucristo como Él se lo merece, es decir, llevando en su seguimiento toda clase de cruces. Meditemos detenidamente estas admirables palabras de nuestro amable Maestro: encierran toda la perfección de la vida cristiana.



Pasión según san Mateo

JOHANN SEBASTIAN BACH

Juan Sebastián Bach (1685-1750), de religión protestante, es uno de los compositores con mayor profundidad y maestría. Toda su música fue compuesta, como él decía, para «gloria de Dios», pues a Él se dirigía toda. Cada domingo componía una cantata para la celebración dominical; para el Viernes Santo del año 1733 compuso la cantata «La Pasión según san Mateo» que luego se convirtió en una de las obras cumbres de la música. Los poemas, en forma de arias y corales, de esta obra son de una piedad y belleza tales que muestran el amor de este compositor a la pasión y a la cruz de Nuestro Señor Jesucristo.



Jesús carga con la cruz:
Recitativo:

Sí, quiero que mi carne y mi sangre
A la Cruz estén ligadas
Cuánto mejor le será a nuestra alma
Cuanto más nos abracemos a ella

Aria:

Ven, dulce Cruz, así quiero decir,
Mi Jesús, dámela siempre,
Si mis culpas son demasiado pesadas
Ayúdame tú a llevar mi carga

Jesús clavado en Cruz:
Recitativo:

¡Oh, Gólgota, desgraciado Gólgota!
El Rey de los reyes parece como un esclavo
La paz y la salvación del mundo
han sido clavadas en la cruz
la tierra y el aire la han rechazado;
El inocente tiene que morir por el culpable
Y mi alma se rompe de dolor
¡Oh, Gólgota, desgraciado Gólgota!

Aria:

Mira, Jesús ha extendido sus brazos
Para abrazarnos
¡Ven!

¿A dónde?

A los brazos de Jesús.
Busca la redención, recibe la misericordia
¡Busca!

¿Dónde?

En los brazos de Jesús.
Vivid, morid, descansad aquí, vosotros, polluelos
abandonados,
¡Quedaos!

¿Dónde?

En los brazos de Jesús.

«La creu de Catalunya»

En 1849, san Antonio María Claret hizo levantar en la cumbre del Matagalls, una de las cimas emblemáticas del Montseny, una cruz, que Verdaguer cantaría después en versos llenos de fervor.

Catalans tots, de genollons en terra,
Mirau allí lo signe de la Creu,
com de la Pàtria en la més alta serra
eixampla avui los braços,
per acostar-la amb tots sos fills a Déu.

Del castell de don Jaume en l'alta torre
s'ha enarbolat avui aqueix penó;
de son vaixell, que cap maror ensorra,
al cim de l'arbre mestre
brilla la creu de nostra Redempció.

Mira-la tu, Mallorca: és la bandera
que de l'urpa et tragué del sarraí.
Mira-la tu, València: és la senyera
amb què lo gran En Jaume
se féu senyor de tan reial jardí.

Mira-la tu, ma dolça Catalunya;
altre Jaume Major te la portà;
és l'estendard que mai de tu s'allunya,
puig per son pal corria
la sang de Jesucrist que et batejà.

Ella al nàixer t'isqué com una estrella,
l'estrella virginal de ton matí;
te feres gran i altívola prop d'ella,
i après de segles i segles,
te va guiant per gloriós camí.

Catalanes todos, rodilla en tierra.
Mirad allá el signo de la Cruz,
como, de la Patria, en la más alta sierra,
ensancha hoy los brazos
para atraerla con todos sus hijos a Dios.

Del castillo de Don Jaime en la alta torre
se ha enarbolado hoy este estandarte;
de su barco, que ninguna marejada hunde,
en la cima del palo mayor
brilla la Cruz de nuestra Redención.

Mírala tú Mallorca: es la bandera
que de la garra del sarraceno te libró.
Mírala tú Valencia: es la señera
con que el gran Don Jaime
se enseñoreó de tan real jardín.

Mírala tú, mi dulce Cataluña
otro Jaime Mayor te la trajo;
es el estandarte que jamás de ti se aleja
pues por su mástil corría
la sangre de Jesucristo que te bautizó.



Era en tes mans, era en ton cor fins ara;
deixa-la avui posar sobre ton front;
apar que Déu, en ella viu encara,
ne faça esplèndid trono,
des de Montseny per beneir lo món. [...]

Avet plantat al cor de nostra terra,
enfonsa més, enfonsa-hi tes arrels;
arriba fins als cors que et fan la guerra,
per entre branques deixa'ls
veure somriure l'ull blavís dels cels.

Eixampla més tes branques gegantines,
amb tes ales sopluja als catalans,
l'espanyola niuada i les veïnes;
abriga a tots los homes,
a tots la Creu de Crist nos fa germans.

* * *

Ella al nacer te hizo salir como una estrella,
la estrella virginal de tu amanecer;
te hiciste grande y elevada a su vera,
y tras de siglos y siglos,
te guía por glorioso sendero.

Anidaba en tus manos, en tu corazón hasta ahora;
déjala hoy posar sobre tu frente;
Para que Dios, que en ella vive aún,
haga de él un espléndido trono
desde Montseny para bendecir el mundo. [...]

Abeto plantado en el corazón de nuestra tierra
ahonda más, ahonda en ella tus raíces;
alcanza aun los corazones que contra ti guerrear,
por entre tus ramas déjalos
ver sonreír el iris azul de los cielos.

Ensancha más tus ramas gigantes
con tus alas resguarda a los catalanes,
la nidada española y las vecinas;
abrigo la humanidad entera,
a todos la Cruz de Cristo nos hermana.

Ave, Cruce, spes unica!

Edith Stein nació en Breslau (Alemania), en 1891, en el seno de una familia judía. Estudió filosofía y fue ayudante de Husserl y profesora en la Universidad de Freiburg. En 1921, la lectura de la autobiografía de santa Teresa de Ávila le llevó a convertirse y a pedir el bautismo. En 1934 entró en la orden de carmelitas descalzas, en Colonia, y tomó el nombre de Teresa Benedicta de la Cruz. Detenida por su condición de judía, murió en el campo de exterminio de Auschwitz. Fue canonizada por Juan Pablo II en 1998. Es copatrona de Europa. De su obra «Vida escondida», reproducimos los párrafos siguientes:

«Te saludamos, Cruz santa, única esperanza nuestra» Así lo decimos en la Iglesia en el tiempo de Pasión, tiempo dedicado a la contemplación de los amargos sufrimientos de Nuestro Señor Jesucristo.

El mundo está en llamas: la lucha entre Cristo y el Anticristo ha comenzado abiertamente. Por eso si te decides en favor de Cristo, ello puede acarrearle incluso el sacrificio de la vida.

Contempla al Señor que ante ti cuelga del madero, porque ha sido obediente hasta la muerte de cruz.

Él vino al mundo no para hacer su voluntad, sino la del Padre. Si quieres ser la esposa del Crucificado debes renunciar totalmente a tu voluntad y no tener más aspiración que la de cumplir la voluntad de Dios.

Frente a ti el Redentor pende de la Cruz despojado y desnudo, porque ha escogido la pobreza. Quien quiera seguirlo debe renunciar a toda posesión terrena.

Ponte delante del Señor que cuelga de la Cruz, con corazón quebrantado; Él ha vertido la sangre de su corazón con el fin de ganar el tuyo. Para poder imitarle en la santa castidad, tu corazón ha de vivir libre de toda aspiración terrena; Jesús crucificado debe ser el objeto de toda tu tendencia, de todo tu deseo, de todo tu pensamiento.

El mundo está en llamas: el incendio podría también propagarse a nuestra casa, pero por encima de todas las llamas se alza la cruz, incombustible. La cruz es el camino que conduce de la tierra al cielo.

Quien se abraza a ella con fe, amor y esperanza se siente transportado a lo alto, hasta el seno de la Trinidad.



Cruz de término de Traspeña de la Peña (Palencia), una de los centenares de cruces que jalonan los caminos de España.

El mundo está en llamas: ¿Deseas apagarlas? Contempla la cruz: del Corazón abierto brota la sangre del Redentor, sangre capaz de extinguir las mismas llamas del infierno. Mediante la fiel observancia de los votos, mantén tu corazón libre y abierto; entonces rebosarán sobre él los torrentes del amor divino, haciéndolo desbordar fecundamente hasta los confines de la tierra.

Gracias al poder de la Cruz puedes estar presente en todos los lugares del dolor a donde te lleve tu caridad compasiva, una caridad que dimana del Corazón divino, y que te hace capaz de derramar en todas partes su preciosísima sangre para mitigar, salvar y redimir.

El Crucificado clava en ti los ojos interrogándote, interpelándote. ¿Quieres volver a pactar en serio con Él la alianza? Tú sólo tienes palabras de vida eterna. ¡Salve, Cruz, única esperanza!

La esfera y la cruz

Chesterton nos ofrece, en el primer capítulo de su novela La esfera y la cruz una genial escena en la que pone de relieve la verdadera naturaleza de los ataques a la cruz. El monje Miguel va a bordo de una nave voladora pilotada por el profesor Lucifer, racionalista, evolucionista, relativista, cuando se topan con la esfera y la cruz que, sobresaliendo por entre las nubes, coronan la cúpula de la catedral de San Pablo en Londres. En el diálogo que sostienen en torno a la bola y la cruz el monje Miguel mostrará cómo la cruz es el símbolo que se adecúa a la naturaleza del hombre, cómo todo intento de construir el mundo sin ella está condenado a desmoronarse y cómo cuando se quiere extirpar la cruz del mundo se acaba por destruir el mismo mundo en que vivimos.

–Venga, va–, dijo el Profesor en un tono alentador. –Te ayudaré. ¿Qué te ha parecido mi punto de vista?–.

–Bueno, la verdad es que sé que no lo expreso correctamente, pero me pareció, de algún modo, que siempre formulas ideas de ese tipo con la mayor elocuencia, cuando...mm...cuando...–.

–¡Oh! Continúa–, gritó Lucifer, furioso.

–Bueno, yendo al grano, cuando tu nave voladora está a punto de estrellarse contra algo. Pensé que no te importaría que te lo comentase, pero es que vamos directos al choque ahora mismo–.

Lucifer soltó una blasfemia y se irguió de un salto, apoyándose con fuerza contra el asidero que hacía de timón de la nave. Durante los últimos diez minutos habían descendido velozmente por grandes grietas y cavernas de nubes. Ahora, a través de una especie de neblina purpúrea, podía verse realmente cerca lo que parecía ser la parte superior de una enorme y oscura orbe o esfera, aislada en un mar de nubes. Los ojos del Profesor centelleaban como los de un maníaco.

–Es un nuevo mundo–, gritó con un regocijo espantoso. –Es un planeta nuevo y llevará mi nombre. Esta estrella y no esa otra tan vulgar será “Lucifer, sol de la mañana”. Ahí no tendremos locuras privilegiadas ni dioses. Ahí el hombre será tan inocente como las margaritas, tan inocente y cruel...ahí el intelecto...–.

–Parece ser–, dijo Miguel tímidamente, –que hay algo que sobresale justo en el medio–.

–Así es–, dijo el Profesor asomándose por un lado de la nave, sus gafas brillando con entusiasmo intelectual. – ¿Qué puede ser? Podría ser simplemente, claro está, un...–.

Entonces soltó de repente un grito indescriptible y extendió los brazos como un espíritu perdido. El monje cogió el timón con ademán cansado; no parecía muy asombrado, puesto que provenía de una parte



Cúpula de la catedral de San Pablo (Londres)

ignorante del mundo donde no es poco corriente que los espíritus perdidos griten cuando ven la curiosa figura que acababa de ver el Profesor encima de la misteriosa esfera, pero cogió el timón justo a tiempo y, girándolo con fuerza hacia la izquierda, evitó que la nave voladora se estrellase contra la catedral de San Pablo.

Una llanura de nubes de un color triste se extendía en torno a la parte superior de la cúpula de la catedral, de modo que la esfera y la cruz parecían una boya anclada en un mar plomizo. A medida que se le acercaba la nave voladora, la llanura de nubes parecía tan seca, definida y rocosa como cualquier desierto gris. De ahí que produjese al cuerpo y a la mente una sensación punzante y sobrenatural cuando la nave cortó la nube y se hundió en ella como si se tratase de cualquier niebla corriente, algo que no ofrece resistencia. Recibieron una sacudida mortal por el hecho mismo de no haber chocado. Era como

si se hubiesen abierto camino a través de antiguos acantilados de mantequilla. Pero les aguardaban sensaciones mucho más extrañas que aquellas de hundirse en tierra sólida. Por un momento sus ojos y narices se taponaron con la oscuridad y la nube opaca, y la oscuridad pasó a convertirse en una especie de niebla parda. Y muy, muy por debajo de ellos la niebla parda cayó hasta convertirse en fuego. A través de la densa atmósfera londinense, pudieron ver abajo las luces encendidas de la ciudad. Luces que trazaban cuadrados y rectángulos de fuego. Niebla y fuego se mezclaban en un vapor ardiente; y se diría que las llamas habían prendido fuego a la niebla. Junto a la nave (que apenas si descendía del nivel de la bola) y debajo de ella, la inmensa cúpula parecía brotar en la oscuridad como una combinación de cataratas mudas. O era como una bestia marina ciclópea sentada sobre Londres que dejaba caer sus tentáculos de manera desconcertante por todos lados, una monstruosidad en ese cielo sin estrellas. Porque las nubes que pertenecían a Londres se habían cerrado por encima de las cabezas de los transeúntes, sellando la entrada superior del aire. Era como si hubiesen atravesado un tejado y entrado en un templo de penumbra.

Se encontraban tan cerca de la bola que Lucifer apoyó su mano contra ella, apartando la nave, del mismo modo que los hombres apartan un barco de la orilla. Encima, la cruz ya envuelta en la oscura neblina parecía sombría y de forma y tamaño más horribles.

El Profesor Lucifer dio un par de palmadas a la superficie del gran orbe como si estuviese acariciando a un enorme animal. –Por éste–, dijo, –por éste es por el que apuesto–.

–¿Puedo preguntar, con todo respeto–, inquirió el monje, –de qué estás hablando?–.

–Pues de esto–, gritó Lucifer, golpeando la bola otra vez, –aquí está el único símbolo, hombre. Tan orondo. Tan satisfecho. No como ese individuo flacucho que estira los brazos con absoluta fatiga–. Y señaló la cruz, con el rostro oscurecido por una mueca. –Te estaba contando hace un momento, Miguel, que puedo demostrar la mayor parte de las tesis racionalistas y de la farsa cristiana valiéndome de cualquier símbolo que quisieras darme, de cualquier ejemplo con el que topara. Y aquí hay un ejemplo idóneo. ¿Qué podría expresar tu filosofía y la mía de mejor modo que la forma de esa cruz y la forma de esa bola? Este globo es razonable, esa cruz es irrazonable. Es un animal de cuatro patas, con una pata más larga que las otras. Este globo es inevitable. La cruz es arbitraria. Por encima de todo, el globo está en armonía consigo mismo; la cruz está principalmente, y por encima de todo, en enemistad consigo misma. La cruz es el conflicto de dos líneas

hostiles de irreconciliable dirección. Esa cosa de ahí arriba es esencialmente una colisión, un choque, un forcejeo en piedra. ¡Bah! Ese símbolo sagrado vuestro, en realidad, ha dado su nombre a una situación de desesperación y confusión. Cuando hablamos de hombres que al mismo tiempo se ignoran y se estorban mutuamente, decimos que tienen designios cruzados. ¡Abajo con esa cosa! ¡Su misma forma es una contradicción manifiesta!–.

–Lo que dices es perfectamente cierto–, dijo Miguel con serenidad. –Pero a nosotros nos gustan las contradicciones manifiestas. El hombre es una contradicción manifiesta. Es una bestia cuya superioridad con respecto a las otras bestias consiste en haber caído. Esa cruz es, tal como dices, una eterna colisión; al igual que yo. Es una lucha en piedra. Cualquier forma de vida es una lucha en carne. La forma de la cruz es irracional del mismo modo que es irracional la forma del animal humano. Tú dices que la cruz es un cuadrúpedo con una extremidad más larga que las otras. Yo digo que el hombre es un cuadrúpedo que sólo usa dos de sus piernas–.

El Profesor frunció el ceño, pensativo por un instante, y dijo: –Claro está que todo es relativo, y no voy a negar que ese elemento de lucha y contradicción, representado por esa cruz, ocupe un lugar necesario en cierta etapa de la evolución. Pero sin duda la cruz es el punto más bajo del desarrollo y la esfera el más alto. Después de todo, es bastante sencillo ver cuál es el verdadero error en el plan arquitectónico de Wren–.¹

–¿Y cuál es, si se puede saber?–, preguntó Miguel dócilmente.

–La cruz se encuentra encima de la esfera–, dijo el Profesor Lucifer con sencillez. –Eso ciertamente está mal. La esfera debería estar encima de la cruz. La cruz es un mero soporte bárbaro; la esfera es la perfección. La cruz, a lo sumo, es el amargo árbol de la historia de la humanidad; la esfera es el fruto final. Y el fruto debería estar en lo alto del árbol y no al pie del mismo–.

–¡Oh!–, dijo el monje, con una arruga formándose en su frente, –¿así que piensas que en un plan racionalista de simbolismo la esfera debería estar encima de la cruz?–.

–Eso resume toda mi alegoría–, dijo el profesor.

–Bueno, eso es ciertamente muy interesante–, continuó Miguel despacio, –porque creo que en ese caso verías un efecto de lo más singular, un efecto que por lo general ha sido alcanzado por todos esos sistemas capaces y poderosos que el racionalismo, o la religión de la esfera, ha producido para guiar o

1. Christopher Wren fue el arquitecto que diseñó la catedral de San Pablo en Londres.

enseñar al hombre. Verías, creo yo, suceder eso que es siempre la personificación final y el resultado lógico de tu esquema lógico—.

—¿De qué estás hablando?—, preguntó Lucifer. —¿Qué es lo que sucedería?—.

—Quiero decir que la esfera caería—, dijo el monje, mirando con avidez al vacío.

Lucifer hizo un movimiento de enfado y abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiese decir una sola palabra, Miguel continuó con un aire circunspeto.

—Una vez conocí a un hombre como tú, Lucifer—, dijo con una monotonía y una lentitud exasperantes. —Era del parecer...—.

—No hay ningún hombre como yo—, gritó Lucifer con una violencia que sacudió la nave.

—Tal como iba diciendo—, continuó Miguel, —este hombre era también del parecer que el símbolo del cristianismo era un símbolo de salvajismo y de toda sinrazón. Su historia es bastante divertida. Es también una alegoría perfecta de lo que les sucede a los racionalistas como tú. Empezó, claro está, negándose a permitir un crucifijo en su casa, o alrededor del cuello de su esposa, ni en un cuadro tan siquiera. Decía, como dices tú, que era una forma arbitraria y absurda, que era una monstruosidad, amada por ser paradójica. Entonces empezó a volverse cada vez más furibundo y excéntrico. Derribaba las cruces al borde de los caminos, ya que vivía en un país católico. Finalmente, en un arrebato de furia subió al campanario de la iglesia parroquial y arrancó la cruz, agitándola en el aire, pronunciando soliloquios alocados, ahí arriba, bajo las estrellas. Entonces, una tranquila noche de verano, mientras iba de camino a casa, el demonio de su locura se apoderó de él con una violencia y una transfiguración de esas que cambian el mundo. Se había detenido un momento, fumando delante de una interminable empalizada, cuando se le abrieron los ojos. No parpadeaba ni una luz, no se movió ni una hoja, pero él vio, como si de una mutación repentina se tratase, que la empalizada era un ejército de innumerables cruces, unidas desde la colina hasta el valle. Y, agarrando su pesado bastón, fue hacia ellas como si fuesen un ejército. Y kilómetro tras kilómetro, a lo largo del camino a casa, las tumbó y las rompió. Ya que odiaba la cruz y cada empalizada es una pared de cruces. Cuando llegó a su casa estaba completamente enloquecido.

Se sentó en una silla y de repente se levantó, pues los travesaños de los muebles repetían la intolerable imagen. Se tiró encima de una cama para acordarse al instante de que ésta, como toda cosa labrada por el hombre, estaba construida con el maldito diseño. Rompió los muebles porque estaban hechos de cruces. Quemó su casa porque estaba hecha de cruces. Lo encontraron en el río—.

—¿Es realmente cierta esa historia?—, preguntó.

—Oh, no—, dijo Miguel, con ligereza. —Es una parábola. Es una parábola de ti mismo y de todos los racionalistas. Empezáis por romper la cruz; pero acabáis destrozando el mundo habitable. Os dejamos diciendo que nadie debería unirse a la Iglesia en contra de su voluntad. Cuando os volvemos a encontrar estáis diciendo que nadie tiene voluntad de unirse a ella. Os dejamos diciendo que no existe un lugar llamado Edén. Os encontramos diciendo que no existe un lugar llamado Irlanda. Empezáis por odiar lo irracional y llegáis a odiarlo todo, pues todo es irracional, y por tanto...—.

Lucifer se abalanzó sobre él con un aullido de bestia salvaje. —¡Ah!—, gritó, —a cada cual su locura. Tú tienes la locura de la cruz. Pues que ella te salve—.

Y con una fuerza hercúlea lanzó al monje hacia atrás fuera de la nave, hacia la parte superior de la bola de piedra. Miguel, con la misma agilidad, se agarró a una de las vigas de la cruz, salvándose de caer. En el mismo instante, Lucifer bajó una palanca y la nave salió disparada hacia arriba con él como único tripulante.

—¡Ja, ja!—, gritó, —¿qué tal lo encuentras como soporte, amigo?—.

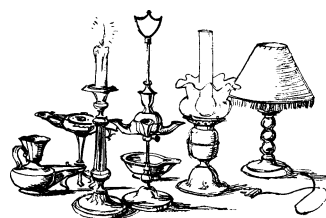
—Para finalidades prácticas de soporte—, replicó Miguel en un tono grave, —es, en todo caso, mucho mejor que la esfera. ¿Puedo preguntarte si vas a dejarme aquí?—

—Sí, sí, ¡Subo, subo!—, gritó el Profesor con una irrefrenable excitación. —*Altiora peto*. Mi camino es hacia arriba—.

—¿Cuán a menudo me has dicho, Profesor, que no hay, en realidad, un arriba ni un abajo en el espacio?—, dijo el monje. —Subiré tanto como tú—.

—Efectivamente—, dijo Lucifer, mirando de manera satírica por la borda de la nave. —¿Puedo preguntarte qué es lo que vas a hacer?—

El monje señaló hacia Ludgate Hill. —Voy a trepar a una estrella—, dijo.



La Invención de la Santa Cruz

FRANCISCO DE PAULA SOLÀ, S.I.

Los festividades de la Santa Cruz celebra la Iglesia: la de la Invención, el 3 de mayo, y la de la Exaltación, el 14 de septiembre. La Iglesia Oriental celebraba solamente la segunda en memoria de la victoria de Heraclio sobre el persa Cosroes. Ocurrió este episodio en 629. Pero ya hacía tiempo que la Iglesia Occidental conmemoraba la Invención de la Santa Cruz por la madre del emperador Constantino, Helena. Del rescate y solemne reposición de la Cruz en Jerusalén, por Heraclio, nadie ha dudado jamás, antes se ha estimado como un hecho histórico incontrovertido. ¿Puede decirse lo mismo de la Invención de la Vera Cruz? Esta pregunta tiene más importancia de lo que a primera vista podría parecer, porque trata no solamente de averiguar la historicidad de una tradición, sino que ello supone la autenticidad o falsedad de las reliquias de la Vera Cruz que veneramos en todo el orbe. Vamos, pues, a examinar los fundamentos históricos de esta tradición.

El relato lo tomamos de las lecciones del breviario en el día de la festividad, 3 de mayo. Dicen así: «Después de la insigne victoria que el emperador Constantino –aparecida milagrosamente la señal de la Cruz del Salvador– reportó de Maxencio, Helena, madre de Constantino, avisada en sueños, se dirigió a Jerusalén con la intención de buscar la Cruz del Salvador. Allí mandó derribar la estatua de Venus, que unos 180 años antes habían erigido los gentiles en el lugar de la Cruz, a fin de borrar el recuerdo de la Pasión del Señor. Otro tanto hizo en los lugares del Pesebre y Sepulcro del Salvador, sacando las imágenes de Adonis y Júpiter. Limpiado el lugar de la Cruz y practicada una profunda excavación, fueron halladas tres cruces y separado de ellas el título de la Cruz del Señor, y como no apareciese a cuál de ellas pertenecía el título, un milagro desvaneció la duda. Porque el obispo de Jerusalén, Macario, después de implorar la asistencia divina, aplicó las cruces a una mujer enferma, la cual, no habiendo experimentado mejoría alguna al contacto de las dos primeras, aplicada la tercera, al instante sanó. Helena mandó construir allí una munificentísima basílica, en la que dejó parte de la Cruz engarzada en relicario de plata; la otra parte la envió a su hijo Constantino, la cual fue colocada en Roma, en la iglesia de la Santa Cruz en Jerusalén, edificada en los jardines de Sesorio. Envío también a su hijo los clavos con que fue fija-

do Cristo a la Cruz. De aquel tiempo data la ley de Constantino que prohibió ser usada la cruz como instrumento de suplicio».

Como fácilmente se observa en esta narración hay un hecho substancial: la invención de la Cruz del Salvador; lo demás (milagro, tres cruces, etc.) es accidental, aunque en diversos grados.

Del hecho fundamental, creemos que no se puede dudar seriamente, pues lo afirman testigos de toda veracidad y seriedad, que pudieron conocer perfectamente las fuentes históricas, y además lo narran en circunstancias en que la falsedad o el apócrifo difícilmente habría sido recibido.

En efecto; según la tradición, el hecho ocurría después de la victoria de Constantino sobre el Puente Milvio (año 312), y fijando un poco más la fecha, debieron de comenzar las excavaciones por el año 330, en que se inauguró Constantinopla como capital del Imperio romano, ya que en 335 escribía Eusebio, mientras se estaba dedicando la basílica del Santo Sepulcro. Pues bien: de este hecho nos hablan ya con toda aseveración san Cirilo de Jerusalén, san Ambrosio, san Juan Crisóstomo, san Paulino, Rufino, Teodoreto, Sulpicio Severo, Sócrates, Sozomeno y san Gregorio de Tounai. De estos escritores, Sulpicio Severo, Sócrates y Sozomeno se dedicaron a investigaciones históricas, y sus *Crónicas* e *Historia eclesiástica* son muy apreciadas. San Cirilo de Jerusalén era contemporáneo de los hechos (315-385), pues al ocurrir la invención de la Cruz del Señor vivía él en Jerusalén y algunos le suponen ya diácono de Macario; los demás autores mencionados nacieron por los años 340, 344, 353, 376, 385, 404, 442, 444 y 585, respectivamente. Pertenecen a Occidente solamente san Ambrosio, san Paulino, Rufino y san Gregorio; pero su testimonio no carece de interés, pues san Ambrosio habla del hecho en la oración fúnebre que predicó a la muerte del emperador Teodosio; san Paulino lo narra con ocasión de enviar un fragmento de la Vera Cruz a su amigo Sulpicio Severo, y refleja claramente una información directa que provenía de Jerusalén.

A estos testimonios todavía podríamos agregar otros que calificaríamos de secundarios, no porque lo sea su autoridad, sino porque no se propusieron hablar expresamente del suceso. Nos referimos a aquellos Santos Padres y escritores eclesiásticos de aquella época, que hablan de los fragmentos de la

Vera Cruz que de Jerusalén se difundían por todo el mundo. Bástenos mencionar el testimonio de san Jerónimo, quien, escribiendo a santa Eustoquia acerca de la peregrinación de santa Paula, su madre, le dice: «Todos aquellos Santos Lugares recorrió con tanto afecto y diligencia, que de no haber tenido prisa por ver los restantes, no la hubieran podido arrancar de los primeros. Y al postrarse delante de la Cruz, la adoraba como si viera pendiente de ella al Salvador.» (Ep. CVIII, P. L. t. XXII, col. 883.)

Examinando ahora el contenido de las narraciones que del hecho de la Invención de la Santa Cruz nos han dejado los mencionados autores, no deja de maravillarse la extraordinaria uniformidad aun en los pormenores de la narración. La que nos ofrece el Breviario Romano (y hemos transcrito más arriba) es casi a la letra la de Rufino (*Hist. Eccles.*, lib. 1, ce. 7, 8; P. L. XXI, col. 476, sqq.). Los demás reproducen la misma escena con muy ligeros matices de variación. San Ambrosio, san Paulino, Sulpicio Severo, Rufino, Sócrates y Sozomeno convienen en atribuir el hecho de la excavación y hallazgo de la Cruz a la actividad y devoción de santa Helena, la cual obró bajo el expreso influjo de una inspiración divina (que san Ambrosio insinúa se manifestó en un sueño); los mismos autores afirman que fueron hallados juntamente los clavos y el título de la Cruz. Pero en esto se advierte una pequeña discrepancia que sirve para aquilatar el juicio crítico de dichos escritores. San Ambrosio dice que al excavar el lugar de las cruces hallaron las tres en que fueron crucificados Jesús y los dos ladrones, y que la cruz del Salvador la identificaron por el título que llevaba. Identificada ya así la reliquia insigne de la Pasión, no era menester buscar una manera para distinguirla de las demás; de este modo se explica perfectamente que no haga mención de milagro alguno. Los otros autores, por el contrario, suponen que el título de la cruz se encontró en el mismo lugar de las cruces, pero separado de ellas, de forma que no servía para identificar la del Salvador; para resolver la incógnita se acudió a la oración, y Dios Nuestro Señor obró el milagro. No hay duda que el recurso a los milagros en casos semejantes es muy popular y fácil de cautivar las ilusiones de la gente sencilla. Por esta causa muchos modernos creen que se trata de un milagro apócrifo o supuesto, sin verdadero fundamento histórico. Cierto es que no nos interesa, para el fin que nos proponemos, discutir la autenticidad de este prodigio; solamente queremos hacer notar que pocos años después de este suceso ocurrió otro maravilloso que narra el mismo san Cirilo de Jerusalén, quien fue testigo presencial y se apresuró a contárselo al emperador Constancio el mis-

mo día del suceso. Por lo demás, la pequeña disconformidad en el relato del mismo milagro, de si fue una mujer enferma (como dicen Rufino y Sócrates) o un cadáver (según atestiguan san Paulino y Sulpicio Severo) el que se aplicó a la Cruz del Salvador, creemos se puede explicar, por cuanto que los que afirman se trataba de una mujer enferma, dicen que estaba en estado agónico o moribunda. Sozomeno, que había sin duda leído las fuentes históricas, notó la variedad, y admitiendo en la narración la curación de una mujer enferma, añade: «Dicen también que de la misma manera resucitó un muerto».

Cosa semejante ocurre con lo referente a los clavos de la Pasión. Excepción hecha de san Paulino, todos los demás autores mencionados hablan de los clavos que santa Helena envió a Constantino, sin que expliquen cómo ni dónde fueron hallados. Sócrates, en cambio, advirtió tal vez la anomalía, y al hablar del hallazgo de las cruces dice expresamente que fueron encontrados los tres clavos en un rinconcito del lugar en que aquéllas se encontraban.

San Cirilo de Jerusalén no ha aparecido entre los testimonios de la narración del hallazgo de la Vera Cruz. Y es que este santo obispo no cuenta en ningún lugar de sus obras semejante historia. Afirma, sí, que en Jerusalén se venera la Cruz en que fue muerto el Salvador, y añade que de Jerusalén se distribuyen por todo el mundo fragmentos de esta insigne reliquia. Es más, el día 7 de mayo del año 351, fue el santo obispo testigo de un prodigio obrado en la Santa Ciudad: una grande cruz luminosa, que destacaba en medio de la luz del sol, apareció sobre el horizonte y permaneció por mucho rato. Bajo la impresión del suceso, se apresuró el Santo a escribir a Constancio dándole cuenta del mismo, y en esta carta le recuerda cómo en tiempo de su padre Constantino fue hallada la cruz en Jerusalén. El hecho, pues, queda en pie. Más pormenores no los da el santo obispo, aunque sí dice que Dios obró milagros en tiempo de Constantino y que los obra también ahora en tiempo de Constancio (alude a este prodigio que motiva su carta).

A no pocos hace peso en contra de la veracidad de la tradición el silencio que sobre el hallazgo de la Cruz se advierte en Eusebio de Cesarea, tanto más cuanto que este insigne historiador narra, con no poca detención, las actividades de Helena en Jerusalén y cuenta la dedicación de la basílica del Santo Sepulcro. De todos modos, no podemos rotundamente afirmar que el silencio de Eusebio sea completo, puesto que él inserta en su historia una carta de Constantino a san Macario, obispo de Jerusalén (el mismo de quien la tradición cuenta que intervino en la invención de la Santa Cruz), en la que se dice: «La gracia de Nues-

tro Señor es tan grande que la lengua parece que no es capaz de expresar el milagro que acaba de obrarse, porque ¿puede haber cosa más sorprendente que ver el monumento de la Santa Pasión, por tanto tiempo escondido debajo de la tierra, y que ahora de repente se revela a los cristianos, precisamente al verse éstos libres de sus enemigos por la derrota de Licinio?». Este «monumento de la Santa Pasión que ha permanecido por largo tiempo escondido debajo de la

tierra» parece que mejor cuadra a la Cruz de Jesús, que al Santo Sepulcro. Por tanto, el silencio de Eusebio, no debe poner en duda un hecho tan atestiguado por otros escritores fidedignos.

Si a esto añadimos la veneración con que ya en el siglo IV se honraba la reliquia de la Cruz de Jerusalén, no nos quedará lugar a duda alguna, y tendremos que afirmar la veracidad del hecho histórico de la Invención de la Santa Cruz.

A JESÚS CRUCIFICADO

Aquí me tienes, mi Señor, postrado,
mirando con espanto tu figura.
Tú, que resumes toda la hermosura,
hecho una llaga y en Cruz clavado.

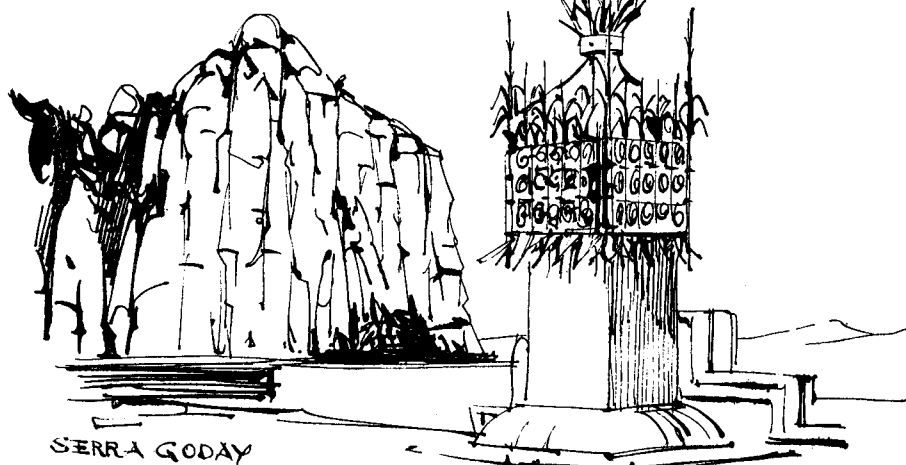
Víctima del Amor te has inmolado,
haciéndote pasar por criatura,
y Tú, que eres Dios de imagen pura,
a morir como un hombre condenado.

Hiere mi corazón con tus dolores,
hiérole sin piedad, como enemigo,
y abráseme la sed de tus ardores.

Porque yo tengo por mi gran castigo
que sepa tu Verdad y tus Amores
y no me muera en morir Contigo.

SANTIAGO ARELLANO

1968



*Quinto misterio de Dolor del Rosario monumental de Montserrat.
Obra de Puig i Cadafalch y de Josep Llimona, fue costado por
el Apostolado de la Oración (1896)*

Constantino el Grande y el triunfo de la cruz

JOAQUÍN FLORIT GARCÍA

EN el año 306 moría, en York, Constancio Cloro –llamado así por la palidez de su rostro, reflejo de una salud delicada–, y Constantino era proclamado Augusto por sus soldados. Era éste hijo de Constancio y de su primera mujer, santa Helena. Mucho se ha discutido sobre la posición social de esta mujer, que unos quieren hija de un posadero, y otros llegan a creerla, incluso, hija de un rey bárbaro. Sea como fuere –aunque Maurice ha probado la falsedad de la primera hipótesis–, es innegable que la madre de Constantino, de la que Constancio Cloro hubo de separarse más tarde, por razones políticas, para contraer nuevo matrimonio con la emperatriz Eutrepia –hija de su colega Maximiano Hércules–, profesaba ideas cristianas, en las que, probablemente, educó a su hijo Constantino. Es más: después de separada de su marido, llevó una vida honrada y piadosa de viuda cristiana, sin tratar de disputar la menor influencia a la nueva emperatriz Eutrepia (Maurice).

De su madre heredó Constantino rasgos físicos y cualidades morales. «La iconografía nos muestra –dice Maurice– que tenía de ella también su bello rostro, serio y grave, su mirada profunda, pero más brillante que la de santa Helena.»

Al decir que ésta había educado a su hijo en las ideas cristianas, no queremos afirmar que Constantino las aceptase y practicase abierta y francamente; tenía aún mucha fuerza el paganismo, bien que estuviese ya en su declive, e influía todavía –siquiera no fuese más que por la fuerza de la tradición y por sus ceremonias exteriores– no sólo en los paganos declarados, sino en muchos otros que, insatisfechos de la inanidad y materialismo de las ideas paganas, buscaban una verdad más espiritual.

Constantino, siguiendo el ejemplo de su padre, sin dejar de permanecer todavía en las prácticas paganas, cada vez favorecía más a los cristianos, en quienes veía unas cualidades morales –individual, social y políticamente considerados– de que carecía, en general, la sociedad pagana de su tiempo; quizá la constatación de este hecho por sí solo, iba produciendo en su espíritu la lenta evolución que habría de culminar en el episodio que vamos a relatar.

Mientras Constantino, proclamado ya Augusto, administraba la Galia y reducía a los francos y a los germanos, que se habían levantado a la muerte de Constancio Cloro, pretorianos y populacho llevaban al poder, en Roma, a Maxencio, hijo supuesto de

Maximiano Hércules, que prometía al pueblo el con-sabido *panem et circenses* (pan y juegos de circo), y a los soldados, rienda suelta a sus pasiones (Maurice). No tardaron, pues, en hallarse frente a frente los dos príncipes, y, en torno a Constantino, los cristianos, que veían y sentían las muestras de afecto recibidas del Emperador; alrededor de Maxencio, los súbditos paganos y, de una manera especial, la población de Roma, la gran fortaleza del paganismo moribundo.

Pero, además, Maxencio tenía reunido en Roma un considerable número de tropas, entre las que se contaban las legiones pretorianas, guerreros experimentados y de un gran renombre militar, así como provisiones suficientes para resistir un posible sitio. Por el contrario, el hijo de santa Helena se puso en marcha hacia Roma con un reducido número de tropas –unos cuarenta mil hombres– y, sobre todo, bajo la sombría sensación –uno y otras– de tener que pelear no ya con bárbaros, sino con legiones romanas que habían salido victoriosas en dos ataques, dirigidos contra Roma por los adversarios de Maxencio. Pero en el alma turbada de Constantino iba haciéndose, cada vez más claro, este razonamiento: si Maxencio se captaba por todos los medios, aun por los más abominables, la voluntad y la ayuda de los dioses –éstas eran las noticias que se tenían de Roma–, fuerza era también buscar una divinidad protectora. Y, dada la educación de Constantino, la conducta de su padre para con los cristianos, y, posiblemente, las insinuaciones de santa Helena y su propia simpatía por los cristianos, cada vez más manifiesta, ¿a quién mejor podía pedirse ayuda que a su Dios? Y Constantino oró. «El Emperador –dice Eusebio, en *De vita Constantini*, I, 27– se puso entonces a implorar el socorro de este Dios, rogándole, suplicándole que se le diese a conocer y que, en aquel momento tan crítico, le tendiese una mano favorable.» Y al llegar a este punto, casi podemos decir que se presiente el milagro, porque Constantino, con «este deseo de conocer la verdad, con este llamamiento a la gracia» (Allard), reconoce y proclama su fe en la omnipotencia del Dios de los cristianos. Como dice el mencionado Allard, en *La persecución de Diocleciano y el triunfo de la Iglesia*, tomo II, pag. 213, «es esto lo que ya distingue, desde entonces, a Constantino de los simples deístas, del mismo Constancio, adoradores silenciosos de una divinidad casi impersonal, con la cual el hombre no entra para nada en relación».

Dios le escuchó y Constantino pudo ver que sobre el sol, que ya declinaba en el horizonte, aparecía una fúlgida cruz, rodeada de un círculo luminoso; y las estrellas comprendidas en él estaban agrupadas componiendo esta leyenda: *In hoc signo vinces* (con este signo vencerás).

Aquella noche, la que precedió a la batalla con Maxencio, Cristo se apareció en sueños a Constantino, llevando el símbolo que antes viera éste en el cielo, y le ordenó que hiciese un estandarte –el lábaro– que llevase la Cruz y sirviese a él y a los suyos de protección en los combates.

El lábaro componíase de un asta en cuyo extremo, y rodeado por un círculo de oro, resplandecía el monograma de Cristo, formado por las dos letras entrelazadas, la *ji* (x) y la *ro* (p). De una barra transversal, que formaba cruz con el asta, pendía un velo de púrpura bordado en oro y piedras preciosas, ostentando en su parte superior las imágenes del Emperador y de sus hijos.

Así, con el nombre glorioso de Cristo escrito sobre el lábaro y sobre los escudos de los soldados, y con la cruz sobre sus cascos, según el testimonio del poeta Prudencio,¹ entraron en combate las tro-

1. *Christus purpureus gemmanti textus in auro signabat labarum, clypeorum insignia Christus scripserat, ardebat summis crux addita christis.*

(*Contra Symmachum* I, 486-488)

pas del emperador cristiano con las fuerzas de Maxencio, a quien sus crímenes y su liviandad habían hecho cada vez más odioso a los habitantes de Roma. Por cierto que, habiendo consultado éste los libros sibilinos ante la inminencia del peligro que amenazaba la actitud decidida de Constantino, aquéllos contestaron: *Ille die hostem Romanorum periturum esse* (que aquel día perecería el enemigo de Roma). Y así fue, pues, tras encarnizada batalla, como se replegasen las tropas de Maxencio con su jefe y tratasen de huir por el puente Milvio, que unía las dos orillas del Tíber, hundióse aquél, y el «enemigo de Roma», Maxencio, pereció ahogado en el río, arrastrado al fondo por el peso de su coraza.

Constantino entró en Roma, triunfal, como ninguno lo hiciera hasta entonces. Todos le recibían como a verdadero libertador, y hasta los mismos senadores, paganos aún, hubieron de inclinarse y reverenciar el nombre de Cristo, que relucía sobre los escudos de los soldados de Constantino.

IN HOC SIGNO VINCES. – Con este signo vencerás. Han pasado los siglos, y la historia nos ha mostrado que esta Cruz es, en verdad, prenda y condición de victoria. Y hoy, como entonces y como siempre, si hay que vencer, con la Cruz y sólo con ella se vencerá.

Pensamientos del Cura de Ars

Si pudiéramos pasar ocho días en el cielo, comprenderíamos el premio de este momento de sufrimiento. No encontraríamos cruces bastante pesadas, ni pruebas suficientemente amargas.

* * *

Las cruces son el camino del cielo: como un hermoso puente de piedra para atravesar un río... Los cristianos que no sufren, cruzan este río a través de un puente frágil, un puente de alambre, siempre a punto de romperse bajo sus pies.

* * *

¿Qué hace falta para merecer el cielo? La gracia y la Cruz.

* * *

Los contratiempos nos llevan al pie de la Cruz, y la Cruz a la puerta del cielo. Para llegar, es necesario que nos pisen; que seamos vilipendiados, despreciados, machacados...

El secreto de Don Bosco

NICOLÁS ECHAVE, SDB

La fuerza de la fe

EN el 150° de la fundación de la Congregación Salesiana se han escrito hermosas páginas sobre el heroísmo de aquellos primeros salesianos. Queremos sumarnos al celoso grupo de difusores del carisma de Don Bosco conscientes de que es un tesoro valioso no sólo para la Congregación por él fundada, sino para la educación católica, y una verdadera luz para el mundo, como lo es todo reflejo de la verdad divina.

En la vida del joven Francisco Besucco, publicada en 1864, habla Don Bosco muy claro, sin preocuparse de lo que puedan pensar los pedagogos: «Dígame cuanto se quiera sobre los diversos sistemas de educación, pero yo no encuentro ninguna base segura sino es en la frecuencia de la Confesión y la Comunión: y creo no afirmar demasiado asegurando que, omitidos estos dos elementos, la moralidad desaparece». Esta convicción lo acompañó durante toda su vida. En 1878 lo declaró francamente a un alto funcionario del gobierno: «- Se dice que Don Bosco exige demasiada religión; en efecto, yo considero que sin religión nada bueno se puede obtener de los jóvenes.» Y en 1885, dejando entrever su descontento, se lamentaba de este modo: - «Muero anciano y achacoso, con el pesar de no haber sido suficientemente comprendido.»¹ No especificó sobre qué, pero no es difícil adivinarlo.

Pío XI explica el secreto

Lo comprendió muy bien el papa Pío XI. Tras haberlo proclamado: «gran defensor de la educación cristiana», indicó en la homilía de la canonización cuál era el secreto por el que el sistema educativo de S. Juan Bosco obtuvo frutos tan abundantes y admirables. «Puso en práctica –dijo el Papa– los principios que se inspiran en el Evangelio y que la Iglesia católica siempre ha recomendado». En resumen: Dios, revelado en Cristo Redentor, vivo en su Iglesia y operante con sus carismas en toda la obra educadora.

Plasmar cristianamente las conciencias juveni-

1. D. F. CERRUTI, *Las ideas de Don Bosco sobre la educación y la enseñanza en la misión actual de la escuela*. S. Benigno Canavese, 1886.

les fue siempre el propósito de los educadores cristianos; Don Bosco se lo propuso en un momento especialmente difícil, se aprestó a trabajar en el mundo educativo mediante la bondad sacerdotal y la piedad cristiana, una y otra bajo formas sin precedentes.

Desde el primer momento en que recibía a un joven daba a entender cómo concebía la educación, los recibía como venidos de la mano de Dios. – Dios nos los ha mandado, Dios nos los manda, Dios nos mandará muchos jóvenes.

Sabía bien que sus padres se los enviaban para que los instruyese en la literatura, en las ciencias, en las artes y oficios, y sabía responder a estas expectativas, pero en las instrucciones a los suyos no dejaba de repetir: - El Señor nos los manda para que nos preocupemos de sus almas y encuentren aquí el camino de la salvación eterna. Por eso, todo lo demás hemos de considerarlo un medio, nuestro fin supremo es hacerles buenos y procurar su salvación eterna.

La bondad sacerdotal

EN el período de su formación las almas juveniles necesitan experimentar los efectos benéficos de la dulzura sacerdotal». La dulzura o ternura sacerdotal es una emanación de la bondad del sacerdote, de una bondad que nace y se alimenta del amor de Dios, se expresa para el bien de las almas y, en quien ha vivido bajo su influjo desde la más tierna edad, deja un recuerdo perenne y saludable. Esta es la bondad que escogió Don Bosco para su método educativo. Don Miguel Rua, su primer sucesor, lo definió como un hombre en el que Dios elevó la paternidad espiritual al más alto grado.

En el Oratorio de Turín la bondad de Don Bosco resplandecía por doquier. Era como el sol que difunde luz y calor aunque no se le vea. Esta bondad impulsaba a los jóvenes al deseo de contentarle; por eso, cuando aparecía en el patio, corrían todos a su encuentro para besarle la mano y estar a su lado. Él se encontraba también a gusto entre ellos, hablaba, sonreía, bromeaba, dirigía su mirada entorno, acercaba su oído a los labios del que se aprestaba a decirle algo, y sus labios a los oídos de aquel a quien deseaba amonestar, exhortar o animar.

Las tres máximas

No perdía nunca de vista tres máximas que le inspiró su corazón sacerdotal y que recordaba siempre a los suyos para ganarse el afecto y la confianza de sus jóvenes:

— amar lo que ellos aman y obtener así que ellos amen lo que nosotros queremos para su bien;

— amarlos de modo que se den cuenta de que son amados, y

— procurar que nadie se aleje descontento de nosotros.

Son principios que se enuncian fácilmente, se tarda menos aún en alabarlos, pero el ponerlos en práctica cuesta no pocos sacrificios. Mas Don Bosco enseñaba que el educador es una persona consagrada al bien de sus alumnos y, por tanto, ha de estar siempre dispuesto a afrontar cualquier molestia y fatiga para conseguir su objetivo.

¿Quieres ser amigo de Don Bosco?

LA bondad sacerdotal de Don Bosco se revelaba a los alumnos apenas pisaban el Oratorio. Sus modales paternos, la serenidad de su rostro, la amabilidad de su sonrisa, suscitaban en seguida respeto y confianza. Era admirable la habilidad con que disponía los diálogos con los recién llegados según la índole y el humor que intuía en ellos. En el momento preciso surgía la infalible pregunta: -¿Quieres ser amigo de Don Bosco? que le daba pie para hablar del alma e insinuarle el pensamiento de la confesión. A quien no conozca a Don Bosco puede parecerle extraño este modo de obrar, pero él lo usaba con tanta naturalidad que los recién llegados dejaban en sus manos la llave de su corazón.

Cada noche, tras las oraciones, les dirigía la palabra en las llamadas «Buenas noches». Eran unos cuantos minutos de íntima familiaridad y de paterna efusión en los que se grababa en las almas de los muchachos la última impresión de la jornada. Sus oyentes nos transmitieron un buen número de esas charlas. Como ejemplo, vamos a citar la del 31 de diciembre de 1859. Como todos los años en aquella hora, solía dar algún recuerdo espiritual, el aguinaldo. Aquel año habló así:

«Mis queridos hijos, sabéis bien cuánto os quiero en el Señor y cómo me he consagrado del todo para haceros el mayor bien posible. El po-

quito de ciencia y de experiencia que he ido adquiriendo, lo que soy y lo que tengo, oraciones, fatigas, salud, la vida misma, todo deseo emplearlo en vuestro servicio. Cualquiera día y para cualquier cosa, contad conmigo, pero especialmente para las cosas del alma. Por mi parte, como aguinaldo, me entrego a vosotros; puede ser cosa mezquina, pero cuando os lo doy todo, quiero decir que nada reservo para mí». Tras hablar de los recuerdos, prosiguió: «Quiero que se acabe el año con perfecto amor y santa alegría. Por eso os perdono cualquier falta que hayáis podido hacer y vosotros perdonaos las ofensas que podáis haber recibido. Empezamos el año 1860 sin malhumor ni melancolía».

Las visitas en el despacho

EN el Archivo Salesiano Central se conserva una carta autógrafa de Domingo Savio en la que comunica a sus padres la profunda satisfacción que le ha producido el coloquio con Don Bosco con el que ha podido dialogar, no cinco o diez minutos, sino ¡una hora entera!

Los muchachos sabían que podían visitarle siempre que quisieran y ¡cómo los recibía! Les hacía acomodar en el sofá mientras él, sentado ante su mesa de despacho, los escuchaba atentamente, como se escucha al que tiene cosas importantes que decir. Tras el coloquio, los acompañaba hasta la salida, les abría la puerta y los despedía con el solito: -¡Quedamos siempre amigos, eh! Ni que decir que los jóvenes bajaban las escaleras contentos como unas pascuas.

Y ¡qué alegría cuando se encontraban con él andando por la casa! Su ánimo paternal le sugería siempre una palabra afectuosa que el muchacho agradecía como un regalo, tanto más cuanto que solía recordar amablemente algo que le interesaba a su interlocutor. Los enfermos recibían sus visitas en la enfermería no de lejos y de pasada, sino hasta su cama y con todo sosiego. Se informaba de su estado, les animaba y, si era necesario, daba las órdenes o proveía directamente.

Esta fuerza y constancia están a disposición de quien, en la gran obra de la educación, busca sólo la gloria de Dios y la salvación de las almas. Llegó un momento en que otras ocupaciones hicieron que disminuyera la asiduidad de su contacto con los jóvenes, pero, para entonces, se había rodeado de un estado mayor que, como longa manus, llegaba donde él ya no podía llegar, actuaba en su nombre y con idéntico espíritu.

Las Bodas de Caná

RAMÓN GELPÍ SABATER
www.christusregnat.com

«... Tres días después, se celebró una boda en Caná de Galilea. La madre de Jesús estaba entre los invitados. Fueron también invitados a la boda Jesús y sus discípulos. Faltando el vino, dijo a Jesús su Madre: No tienen vino. Le respondió Jesús, ¿qué nos va a mí y a ti? Aún no ha llegado mi hora. La madre dijo a los sirvientes: Haced lo que Él os mande. Había allí seis tinajas de piedra, para las purificaciones de los judíos, cuya capacidad oscilaba entre los setenta a cien litros. Jesús ordenó a los sirvientes: Llenad de agua las tinajas. Y las llenaron hasta arriba. Luego añadió: Sacad ahora y llevad al jefe del comedor. Así lo hicieron. Apenas el jefe de comedor probó el agua convertida en vino, no sabiendo de dónde era (aunque sí lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua), llamó al novio, para decirle: Todos ponen al principio el vino mejor; y cuando los invitados ya han bebido bien, sirven el más flojo. Tú has guardado hasta ahora el vino mejor. Este fue el primer milagro de Jesús. Lo hizo en Caná de Galilea; así manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en Él ...» (Jn 2, 1-11).

Caná de Galilea, hoy llamada Kefr-Kanna, es una población que en tiempos de Jesucristo era bastante más importante que Nazaret, y se hallaba muy próxima a Séforis, la que fue capital de Galilea antes de la edificación de Tiberíades, junto al lago. En la actualidad, Nazaret se ha extendido por encima de la montaña que la circunda hacia el noroeste, y casi no hay solución de continuidad con los pueblos cercanos, entre los que se encuentra la antigua Caná. Es decir, Nazaret era una aldea insignificante pero que no estaba a más de diez o quince kilómetros de la que era entonces la capital, y también de la mencionada Caná. San José, y más tarde el propio Jesús seguramente realizarían trabajos en ambas poblaciones.

Cuando la Virgen María es invitada a esta boda, Séforis, que sigue siendo una ciudad importante, ya no es la capital, sino Tiberíades. Jesús ha iniciado ya su vida pública, y después de conocer a Felipe y a Bartolomé junto al lago de Galilea o Genesaret, va a Caná acompañando a María, su madre. Dice san Juan que esto ocurría «tres días después», lo que permite muy bien la composición de lugar.

La escena está relatada con mucho detalle por el evangelista, María, la madre de Jesús, observa que falta el vino y se compadece de los anfitriones «no tienen vino»; la respuesta de Jesús es muy curiosa ya que da a entender que no quiere ayudarles «porque no ha llegado su hora». Textualmente la traducción latina de la Vulgata dice «.. quid mihi et tibi est, mulier? ...» Es decir: «... Mujer, a mí y a ti, ¿que? ...», aunque se suele suavizar la frase con lo que se ha leído en el texto anterior: «... ¿qué nos va a mí y a ti? ...» .

Se dice de la santísima Virgen que es «la omnipotencia suplicante» y este atributo, que es una definición muy propia, resulta de una gran claridad en este pasaje de las Bodas de Caná. Efectivamente, Jesús va a realizar el milagro, pero su madre no va a esperar su respuesta: «... La madre dijo a los sirvientes: Haced lo que Él os mande ...». Jesús «cede» a la petición de la Virgen María, prácticamente con los hechos consumados; María «compromete» a su hijo, al remitirle a los criados. Es muy bueno contemplar esta escena cuando recurrimos a ella en petición de ayuda. Si lo observamos con perspectiva histórica, la Iglesia católica ha sido muy coherente con este pasaje evangélico, al colocar la devoción mariana es este lugar preeminente en el culto.

El escenario del milagro

La narración de san Juan aporta, además, multitud de detalles referentes a estas bodas, que nos permiten situarnos en la escena. Veamos algunos.

Dice la narración que había seis tinajas de piedra, para las purificaciones. Según la ley judía, los recipientes del agua de las purificaciones sólo podían ser de piedra, porque era el único material que podía ser considerado puro; no eran utilizables por tanto las tinajas de barro cocido. Para una celebración de este tipo se utilizaba una gran cantidad de agua, porque los judíos se lavaban las manos, los platos y utensilios, etc. y esto a lo largo, normalmente, de tres días. Su volumen oscilaba entre dos y tres medidas de las usuales entre los judíos, denominadas «metretas», de unos 37 l. cada una. Es decir, cada tinaja contenía entre setenta y ciento diez litros.

Jesús mandó llenarlas «hasta arriba» porque sin duda se habría consumido una buena cantidad de agua; no es probable que el vino se hubiera terminado a poco de comenzar las bodas. Así pues una vez llenos los recipientes de piedra, Jesús convirtió en vino una medida de no menos de cuatrocientos litros. ¡Es mucho vino!

En Caná, los peregrinos, conmemoran el pasaje de las bodas en dos capillas: una de titularidad católica y otra ortodoxa. En ambas, los peregrinos casados suelen realizar, por devoción, la renovación del consentimiento matrimonial. También hay, en la ortodoxa, una tinaja de piedra de características similares a las que se describen en el Evangelio. Aunque se venera como tal, no hay constancia fidedigna de que fuera de las seis que se describen en el texto, pero da una idea de como debían de ser. Como hemos visto antes, serían realmente de mayor tamaño.



Las bodas

El matrimonio entre judíos solía realizarse con dos ceremonias separadas en el tiempo: los desposorios y las nupcias. Los primeros eran algo así como la petición de mano, y los desposados seguían viviendo con sus padres. La boda se celebraba algún tiempo después (podían ser semanas, o incluso algunos meses más tarde). A pesar de ello, desde los desposorios, a los contrayentes se les consideraba

ya casados, aunque se tratase de un matrimonio no consumado. Y esto era de tal modo, que en caso de fallecimiento de uno de los contrayentes, al otro contrayente se le consideraba viudo, y podía heredar.

A este respecto, leemos en *Vida de Jesucristo*, de Giuseppe Ricciotti, punto 231: «... Entre los judíos, el matrimonio legal se realizaba, después de algunas gestiones preparatorias, mediante dos procedimientos sucesivos, que son los desposorios y la nupcias. Los desposorios no eran, como entre nosotros, la simple promesa de matrimonio futuro, sino el perfecto contrato legal de matrimonio, o sea el verdadero *matrimonium ratum*. Por lo tanto, la mujer desposada era ya esposa, podía recibir el acta de repudio de su desposado-marido, a la muerte de éste pasaba a ser viuda en toda regla, y en caso de infidelidad era castigada con arreglo a las normas del Deuteronomio (Dt 22, 23-24) ... Cumplido este desposorio-matrimonio, los dos desposados-cónyuges permanecían algún tiempo todavía con sus respectivas familias. Semejante tiempo, habitualmente, se extendía hasta un año si la desposada era virgen y hasta un mes si viuda, y se empleaba en los preparativos de la nueva casa ...»

»... Las nupcias (hebr. *Nissu'in*) se celebraban una vez transcurrido el tiempo susodicho, y consistía en la introducción solemne de la esposa en casa del esposo. Empezaba entonces la convivencia pública y con esto, las formalidades legales del matrimonio estaban cumplidas ...»

La celebración de esta solemne recepción de la esposa solía durar tres días, aunque en el caso de familias modestas se podía reducir a una jornada. En todos los casos se iniciaba con una cena según el siguiente ritual: A la puesta del sol, iba el consorte con sus compañeros, a buscar a la esposa a casa de sus padres; y ella les seguía con sus compañeras (recordemos las diez vírgenes de la parábola). Así ordenado el cortejo, se ponía en marcha muy alegre al resplandor de las lámparas. Llegados al lugar donde se celebraba el banquete, entraban los invitados y empezaba el festín.

Pues bien, transcurridos los tres días, se volvían a reunir ambos cortejos, y al son de los instrumentos populares en uso, acompañaban a los esposos hasta la casa del esposo, que «recibía» a la esposa. Si la casa del esposo era lo suficientemente grande, se celebraba otro banquete allí, y entonces el cortejo acompañaba a los esposos hasta la alcoba. Como se puede imaginar, tres días de celebraciones y banquetes, en los que se consumía mucho vino.

San Juan nos llevará ahora a Cafarnaúm, donde se instalará con su Madre, la omnipotencia suplicante, que propició de forma tan sutil y amorosa este primer milagro de Jesús.



Pequeñas lecciones de historia

El Cura de Ars (IV): Las batallas con el demonio

GERARDO MANRESA

QUE hay infierno y ángeles caídos es un dogma de la fe católica y, según ella, el demonio es un ser personal y viviente, no una ficción de ensueño. Su acción en el mundo normalmente permanece oculta, pero, a veces, por permisión divina, se manifiesta exteriormente.

Durante treinta y cinco años, desde 1824 a 1858, el Cura de Ars fue blanco de las persecuciones exteriores del Maligno, pero, con la ayuda de Dios, no perdió la paciencia ni su entrega a las almas y después de este largo intento de desestabilizarle, el demonio se retiró fracasado. Catalina Lassagne dice: Las luchas con el demonio hicieron al reverendo Vianney más caritativo y desinteresado. Éste fue el premio que consiguió en la dura lucha contra el Maligno.

Las luchas comenzaron cuando el santo cura planeaba la compra de una casa para La Providencia. Durante una enfermedad bastante grave que tuvo, por lo que él llamaba «sus excesos de juventud», el reverendo Vianney fue combatido por pensamientos de desesperación. Le parecía oír una voz que le decía: «Ahora caerás en el infierno», pero el santo se refugió en la confianza en Dios.

Pronto empezó el demonio con pequeñas tretas exteriores. Todas las noches oía rasgarse el pabellón de su cama. Él pensó que eran ratas y colgó una trampa en la cabecera, pero todo en vano; cuanto más sacudía las cortinas para coger los ratones, tanto mayor era el ruido de las rasgaduras y al día siguiente las cortinas estaban sin ningún rasguño. No pensó en atribuirlo al demonio. Poco más tarde, en medio del silencio de la noche, fueron golpeadas las puertas y se oyeron gritos en el patio de la casa parroquial. Entonces pensó en ladrones, pero bajó y no vio nada, y las noches siguientes temió quedarse solo. Por esto pidió a un robusto joven si quería acompañarle a dormir en su casa, cosa a la que accedió el joven y, para más seguridad, este joven se fue a buscar el fusil. Cuenta él mismo: «Estuve hablando con el señor Cura, junto al fuego, hasta cosa de las diez. Entonces me dijo: “Vayamos a acostarnos”. Me cedió su habitación y él entró en la contigua. Yo no podía dormir. Hacia la una oí que sacudían con violencia la empuñadura y el picaporte de la entrada del patio. A la vez, contra la misma puerta, resonaban golpes de maza, mientras dentro, la casa se llenaba de un ruido atronador, como el rodar de varios coches. Tomé mi fusil y me precipité a la ventana, que abrí con violencia. Miré y no vi nada. La casa tembló durante un cuarto de hora. Mis piernas hicieron lo mismo, y me resentí de ello por espacio de ocho días. Cuando el estrépito comenzó, el señor cura encendió una lámpara y se vino conmigo. «¿Has oído algo?»,

me dijo. “Claro está, pues me he levantado y me ve usted con el fusil. La casa se movía como si temblase el suelo”. “¿Tienes miedo?”, me preguntó. “No, no tengo miedo, pero se me doblan las piernas. Creo que se hunde la casa”, le contesté. “¿Qué piensas de esto?”, me preguntó. “Creo que es el diablo”. Cuando hubo pasado el ruido, nos volvimos a la cama. El señor cura me rogó a la noche siguiente que volviese con él, pero yo le dije: “Señor cura, con una noche he tenido bastante”». Después, en La Providencia, el reverendo Vianney se reía muy de veras del espanto del joven: «Mi pobre Verchère temblaba de pies a cabeza con su fusil...».

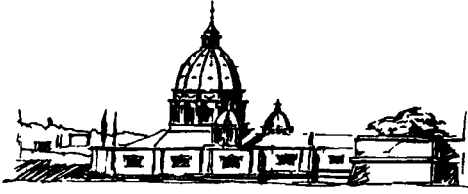
Muchos jóvenes de Ars pasaron por la casa parroquial para acompañar al señor cura en estas situaciones.

Un joven estudiante de filosofía, Dionisio Chaland fue a confesarse con el Cura de Ars y explica: «Me arrodillé en su reclinatorio. Entonces, hacia la mitad de la confesión, un temblor general agitó toda la casa; mi reclinatorio se conmovía como todo lo demás. Me levanté, presa del terror, y el señor cura me cogió por el brazo. “¡No es nada –dijo–, es el demonio!”. Al fin de esta confesión el reverendo Vianney decidió sobre mi porvenir: “Tenéis que ser sacerdote”». El reverendo Chaland fue cura de Marlieux.

Era una verdadera batalla la que mantenía con el diablo y no tenía más recursos que la paciencia y la oración. Le pregunté una vez, refiere su confesor, cómo se las arreglaba para rechazar estos ataques. Me respondió: «Me vuelvo hacia Dios; hago la señal de la cruz y digo unas palabras de desprecio al demonio. Por lo demás, he advertido que el estruendo es mucho mayor y los saltos se multiplican cuando, al día siguiente, ha de venir algún gran pecador».

Esto le consolaba mucho en sus insomnios. Al principio tenía miedo, le decía al señor Mermod, uno de sus mejores amigos: Yo no sabía qué era aquello; pero ahora estoy contento. Es muy buena señal: se prepara una buena cosecha. El demonio me ha molestado mucho esta noche, añadía; mañana acudirá mucha gente.

Conforme envejecía el Cura de Ars, los ataques diabólicos iban disminuyendo en número y en intensidad. Desde 1855 hasta su muerte Vianney no fue apenas hostigado. Dios quiso que una existencia tan hermosa, tan pura, se extinguiese en medio de una profunda paz. Pero el sueño se le había hecho casi imposible y a pesar de ello continuaba sus interminables sesiones en el confesionario, pues le bastaba media hora de dormir durante el día, después de la comida del mediodía. En su agonía, el santo cura no fue turbado por el Maligno y así puede decirse que aun antes de su muerte había infringido a Satanás una derrota definitiva.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

En defensa de la Cruz

NUMEROSAS organizaciones católicas del sur de España han lanzado una campaña en defensa de la presencia de los crucifijos y otros símbolos religiosos en los espacios públicos en respuesta a la previsible ley del Gobierno socialista que «regulará» la exhibición de los símbolos religiosos fuera del ámbito privado y a la luz de la controvertida sentencia del Tribunal de la Unión Europea que declaraba ilegal la presencia de la cruz en las aulas de las escuelas. Las organizaciones firmantes del manifiesto incluyen a unas cuarenta asociaciones parroquiales, dieciséis cofradías y hermandades, quince asociaciones juveniles católicas, una decena de movimientos eclesiales, así como colegios religiosos, asociaciones de padres de familias, e incluso algunas asociaciones vecinales y culturales no confesionales.

Esta campaña, cuyos promotores esperan que sirva, además, de impulso para otras similares en las diferentes diócesis españolas, coincide a su vez con un nuevo ataque a la fe de los españoles. Se trata del intento de retirar la gran estatua del Sagrado Corazón de Jesús que corona el castillo de Monteagudo y preside la capital murciana porque, según los promotores de la iniciativa, resulta una reliquia del totalitarismo católico, un atentado a la laicidad del Estado por estar en un inmueble de propiedad del Ministerio de Hacienda y una muestra de la irracionalidad de los poderes públicos. De momento la iniciativa se ha encontrado con la oposición de la población y autoridades locales, que han solicitado declarar el monumento «Bien de Interés Cultural», pero la cosa no pinta bien. Que se prepare ya el Tibidabo de Barcelona, el Monte Urgull de San Sebastián, el Cerro de los Ángeles madrileño, el Cristo del Otero de Palencia, el Corazón de Jesús de Macotera (Salamanca) y de Bilbao y un largo etcétera porque si los gobiernos liberales no oprimen la fe sólo es por una feliz consecuencia, como recordó León XIII. Ante este panorama, ¿no sería bueno proclamar una nueva Cruzada de Oración y Penitencia para reparar las injurias recibidas por nuestro Salvador y gritar bien fuerte al mundo: «¡Es necesario que Cristo reine. Venga a nosotros su reino!»?

El gobierno de Costa Rica impone los profesores de religión

COMO afirmaba Suárez, «o el poder espiritual se somete al temporal, o lo contrario». No hay punto medio. Y muestra de ello la volvemos a encontrar en la reciente sentencia del Tribunal Constitucional de Costa Rica que ha quitado a la Iglesia el derecho a elegir o vetar el nombramiento de profesores de religión, tras anular el artículo 34 de la Ley de Carrera Docente de 1972, que establecía como requisito indispensable para enseñar esta materia la autorización de la Conferencia Episcopal de Costa Rica. Y no han reconocido la vigencia de la «missio canónica» o concordato firmado con la Santa Sede que permite a los obispos decidir qué personas son consideradas idóneas para enseñar religión en los colegios regentados por el Ministerio de Educación Pública (MEP), tanto por lo que se refiere a los conocimientos como a la moral del candidato.

Próxima beatificación del padre José Tous

EL 25 de abril está prevista la beatificación del fundador de las hermanas Capuchinas de la Madre del Divino Pastor, el sacerdote español José Tous y Soler, en la basílica de Santa María del Mar, en Barcelona.

Nacido en Igualada (Barcelona) en 1811, tenía 16 años cuando entró a formar parte de la orden capuchina. Con una intensa vida espiritual silenciosa, estudiosa y llena de abnegaciones, fray José pasó por diferentes conventos en su país y se preparó para su ordenación sacerdotal, en 1834. En 1835 y debido a la persecución religiosa desatada en nuestro país el padre José tuvo que marchar al exilio, recorriendo la costa mediterránea por el norte de Italia hasta que en 1837 llegó a Francia y se instaló en el monasterio de las benedictinas en Toulouse. Allí se dedicaba a la contemplación y a la adoración eucarística, así como a la ayuda espiritual de las jóvenes religiosas.

Regresó a Cataluña en 1843, donde comenzó a trabajar en la Iglesia local como sacerdote secular, debido a que no le era permitido ejercer la vida conventual, ni vestir el hábito capuchino. Por ello vivía con sus padres y trabajaba en varias parroquias cer-

canas. El padre José descubrió así que tenía una sensibilidad especial hacia la educación de los niños. Y esa misma sensibilidad la encontró también en tres chicas que él conocía: Isabel Jubal, Marta Suñol y Remedio Palos. Por ello, el padre José Tous aceptó orientar a estas chicas. Estudió la regla de santa Clara de Asís y adaptó las constituciones capuchinas de la beata M^a Ángela Astorch para unas Capuchinas Terciarias de Enseñanza. Así nació la congregación de las Hermanas Capuchinas de la Madre del Divino Pastor. La primera comunidad se estableció en la localidad de Ripoll en marzo de 1850 y el 27 de mayo del mismo año abrieron la primera escuela. El padre Tous las exhortaba a «derramar en el tierno corazón de los niños los santos pensamientos y devotos afectos que Dios les comunicaba en la oración». La muerte le sobrevino durante la celebración de la misa en la capilla del colegio de las hermanas capuchinas en Barcelona en 1871, justo después de la consagración mientras decía estas palabras del Canon romano: «Dirige tu mirada serena y bondadosa sobre esta ofrenda: acéptala, como aceptaste los dones del justo Abel...»; en ese momento se inclinó y se desplomó.

Actualmente las hermanas Capuchinas de la Madre del Divino Pastor tienen comunidades en Cataluña, Murcia, País Vasco, Madrid, Nicaragua, Costa Rica, Guatemala, Colombia y Cuba.

Nuevos ataques a cristianos en Iraq, la India y Laos

COMO viene siendo tristemente habitual, nos llegan de Iraq nuevas noticias de atentados y violencias contra los cristianos, testimonio de una persecución que prosigue en medio de la indiferencia general. En esta ocasión se trata del asesinato en Mosul de un comerciante sirocatólico, Saadallah Youssif Jorjis, de 52 años, casado y padre de dos hijas, perpetrado mientras los fieles de la diócesis festejaban la toma de posesión del nuevo arzobispo Emil Shimoun Nona, que sucede al asesinado arzobispo Paul Faraj Rahho y que fortalece una diócesis que desde el 13 de marzo de 2008 se encontraba sin pastor.

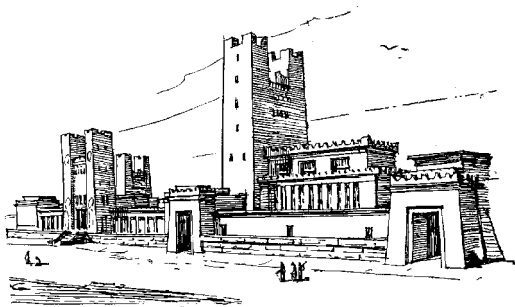
También en la India se ha vuelto a desatar el odio contra Cristo. Tres iglesias católicas han sido atacadas en Karantaka como represalia por unas agresiones relacionadas con ciudadanos indios en Australia y que el Sri Ram Sena («Ejército del Señor Rama», SRS) relaciona con los cristianos indios. El SRS,

tras amenazar al gobierno de que si no actuaba se tomarían ellos la justicia por su mano, decidió derribar la cruz erigida cerca de la iglesia de Nuestra Señora de Lourdes en Mundalli. La resistencia de los fieles logró impedir su destrucción y dos días más tarde atacaron la gruta de Lourdes de la iglesia de San Antonio en Taranmakki, que fue saqueada y los vidrios que protegían la estatua de la Virgen, rotos a golpes de piedra. Y no se libró tampoco del ataque la estatua de la Virgen María de la gruta de Nuestra Señora de Lourdes, situada delante de la iglesia de la Sagrada Familia de la parroquia católica de Inkal, que fue destrozada al día siguiente.

Mientras tanto, en Laos ha sido detenido un grupo de 48 cristianos autóctonos de la provincia de Salavan, situada al sur del país, en una redada ordenada por el gobierno comunista. La policía del distrito apuntó con pistolas a las cabezas de los cristianos y forzó a los 48 a entrar en un descampado cercano. Confiscadas sus pertenencias personales y destruidas seis de sus casas, no les dejan volver a la aldea y están durmiendo en el suelo sin refugio y con poca comida hasta que no renieguen de su fe, cosa que ninguno quiere hacer. Las autoridades comunistas acusan a los cristianos de adherirse a creencias importadas que representan una amenaza para el sistema político y el líder local de Katin declaró el año pasado que el culto a los espíritus es la única forma aceptable de culto en la comunidad, quedando prohibida la fe cristiana en el pueblo.

El Corazón de Jesús tiene una nueva plaza en España

MIENTRAS por un lado se quiere arrancar la fe a los españoles, por el otro acuden espontáneamente a aquel en quien sólo se puede poner toda la confianza, especialmente en los recios momentos actuales. Así ha sucedido con la inauguración de la céntrica y emblemática plaza de Los Montesinos, pequeño término municipal situado en el extremo sur de la provincia de Alicante. El pasado sábado 9 de enero tuvo lugar la inauguración de la plaza «Sagrado Corazón de Jesús» con la presencia de todas las autoridades locales y cientos de vecinos que acudieron al acto a pesar de estar envueltos en una ola de intenso frío glacial. El acto, amenizado por la banda de la Agrupación Musical Montesinos y la coral «Aromas de Azahar» de Los Montesinos, tuvo como punto central la bendición de la plaza por el párroco de la localidad.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Ucrania vuelve al redil ruso

MUCHOS aún recuerdan lo que se dio en llamar la Revolución Naranja ucraniana: miles de manifestantes ataviados con ese color reclamaban elecciones limpias después del fraude en las elecciones de 2004 y un acercamiento a Occidente que dejara atrás la herencia soviética. Aquella aventura, que consiguió alcanzar el poder, ha acabado en un regreso al gobierno de los partidarios de volver al redil y estrechar lazos con Rusia.

La pareja que lideró la Revolución Naranja, Victor Yushchenko y Julia Tymoshenko, respectivamente presidente y primer ministro, pronto empezó a mostrar disensiones y diferencias personales notables. Estas tensiones no hicieron más que aumentar, provocando la ruptura de la alianza pro occidental, que se ha presentado por separado a las elecciones de 2010. Pero más que esta separación, lo que ha influido en el cambio de orientación del país ha sido la desilusión que han generado entre la población los resultados reales de un cambio político que prometía la homologación con los países occidentales. En especial, esa homologación se debía centrar en el esperado fin de la corrupción, una de las pesadas herencias soviéticas, y en la integración política y económica con la Unión Europea.

Pero la realidad ha sido muy diferente: el gobierno se ha mostrado incapaz de promover acciones radicales para combatir la corrupción y la apertura a Occidente se vio también pronto frustrada por el chantaje ruso que subió el precio del gas y no dudó en amenazar con suspender el suministro de gas a Ucrania. Al mismo tiempo Putin anunció que no estaba dispuesto a abandonar la base naval que Rusia mantiene en Sebastopol, sugiriendo incluso que no descartaba recuperar la península de Crimea para Rusia dado que el hecho de que este territorio estratégico se encuentre en territorio ucraniano es fruto de la graciosa donación que Krushev hizo a Ucrania en tiempos de la Unión Soviética. Las bravatas rusas, además, no han encontrado oposición ni en Europa ni en los Estados Unidos de Obama, más preocupados por congraciarse con Rusia y rebajar la tensión en la zona que

por apoyar a sus aliados ucranianos. El abandono norteamericano de los planes para desarrollar un escudo antimisiles en el este de Europa, lo sucedido en Georgia y la decisión alemana de establecer nuevos gaseoductos desde Rusia más directos, son señales muy claras de que en el nuevo escenario internacional Rusia ha recuperado su zona de influencia geopolítica.

En definitiva, la crisis económica (que ha tenido un tremendo impacto en la economía del país, que se ha contraído un 14%), el desencanto generalizado, el chantaje ruso y el abandono occidental han confluído para que Yanukovich, el hombre que estuvo tras el fraude electoral de 2004, haya regresado al poder, pero ahora ganando limpiamente las elecciones. Con una campaña basada en el regreso al «orden» y a una estrecha alianza con Rusia, los ucranianos han optado por resignarse a la nueva situación geopolítica e intentar encontrar acomodo en ella. Ahora bien, no podemos obviar la división que subyace en Ucrania, con dos bloques de población claramente diferenciados: unos rusófilos, de religión ortodoxa, que recuerdan que Kiev fue el núcleo desde el que se formó la primera Rus, los otros, católicos uniatas, con una larga relación con Polonia y renuentes a la integración con Rusia. Esa profunda división persiste y reaparecerá en el futuro de un país desgajado entre dos civilizaciones.

Grecia, al borde de la bancarrota

Si hay un país de la Unión Europea en el que la crisis haya estallado con una virulencia inusitada, dejando al descubierto todas sus miserias, éste es Grecia. País mediterráneo que comparte muchos rasgos con países como España, Portugal o Italia (los cuatro forman lo que la prensa anglosajona ha llamado países «cerdos», PIGS, acrónimo formado por las iniciales de cada uno de estos países), aunque su pertenencia al mundo cristiano ortodoxo y la herencia de la larga dominación turca explicaban algunas diferencias. Sin embargo, la profunda secularización de este país lo hace cada vez más homologable a otras tristes realidades del sur de Europa: por ejemplo su baja tasa de fertili-

dad, en torno a los 1,3 hijos por mujer, que está provocando el envejecimiento de la sociedad griega (hace pocos días Ettore Gotti Tedeschi, conocido economista y presidente del Instituto para las Obras de Religión declaraba que, a su juicio, la caída de la natalidad está en la base de la crisis económica que estamos viviendo).

Lo que está fuera de toda duda es que la situación griega es alarmante: buena muestra de ello son las exigencias que le ha impuesto la Unión Europea para reducir el gasto público y así frenar el desbocado déficit público del país heleno. Claro que decirlo es más fácil que hacerlo: la realidad es que la corrupción institucionalizada ha enraizado profundamente en Grecia y ha sido practicada por todos los partidos y gobiernos desde hace años. El propio presidente del Banco de Grecia reconocía que el 30% del gasto de la última administración no estaba soportado por justificante alguno (sin entrar en que la justificación del 70% restante no ha sido auditada). El país ha dejado de lado cualquier esfuerzo para centrarse en la lucrativa industria de captar subvenciones europeas e inflar facturas. El anuncio de que se congelarían los sueldos de los funcionarios (sin disminución de los mismos) ha bastado para que las huelgas y las protestas se hayan extendido por todo el país, incluyendo la paralización de los aeropuertos y el cierre de los hospitales públicos, que sólo aceptan casos de urgencia. Por su parte, los estudiantes (o mejor dicho, quienes se arrojan su repre-

sentación), que llevan años protagonizando violentas manifestaciones, han vuelto a las andadas, provocando disturbios.

El escenario griego, contemplado con un poco de detenimiento, rezuma desesperación y nihilismo, un clima de desencanto y oportunismo que no conoce la palabra sacrificio. Malacostumbrados a vivir por encima de sus posibilidades, la constatación de que esta situación no puede continuar no provoca una reconsideración de los errores y un cambio de rumbo, sino una reacción airada y violenta, la reacción del niño mimado a quien le ponen los puntos sobre las íes por primera vez en mucho tiempo.

Las indicaciones de la Unión Europea vienen acompañadas, además, del malestar de la población alemana que se huele que lo que los griegos esperan es que sea finalmente Alemania quien salve las cuentas griegas. Los motivos son claros: los bancos alemanes han comprado deuda pública griega por valor de casi 1,4 trillones de euros, por lo que la bancarrota del país tendría un impacto tremendo sobre el sistema financiero alemán. Pero ya se anuncia que un rescate alemán tendría como contrapartida que Grecia perdería su derecho de voto en la Unión Europea, renunciando así a su soberanía en lo que sería el primer caso de neocolonialismo dentro de las fronteras europeas. Un escenario que cuesta imaginar y que podemos ignorar pensando que son asuntos meramente griegos, por no decir bizantinos, cuando si lo pensamos, la situación española no está tan alejada del caso de Grecia.

Pensamientos del Cura de Ars

Si queréis ser sabios, id al encuentro de la Cruz.

* * *

Deberíamos correr tras la cruz como el avaro tras el dinero.

* * *

Algunos sufren como el Buen Ladrón; otros, como el malo. Los dos sufrían, pero uno supo transformar sus sufrimientos en meritorios: los aceptó con espíritu de reparación... el otro, al contrario...

* * *

Los que no tienen combate, ni penas que sostener en este mundo son como aguas muertas que se corrompen. Pero los que soportan sus penas, sufrimientos, combates, se parecen a aguas rápidas cada vez más limpias a su paso por rocas y cayendo en cascada.



emos leído

ALDOBRANDO VALS

No todas las nuevas son motivo de gran alegría

Jeff Jacoby, desde las páginas del Boston Globe, nos recuerda a la Iglesia que sufre martirio y persecución cruenta. En efecto, no todas las noticias que nos llegan son motivo de alegría, aunque también sea verdad que ninguna noticia puede cancelar la alegría que nos inspira el saber que Dios nos ha amado hasta el extremo. La realidad del martirio acompañará siempre a la Iglesia en su peregrinar por el mundo, pero sabemos que la victoria es de nuestro Dios.

En el siglo v nada menos, el claustro de Abú Fana en la región del Alto Egipto era famoso, en palabras de una guía de viaje, por su «excepcional esplendor y prominencia». En el siglo xxi esa grandeza es historia y el monasterio se ha convertido en su lugar en un símbolo de los abusos y la humillación de la que es objeto con regularidad la antigua comunidad cristiana copta de Egipto.

El 31 de mayo de 2008, un grupo de beduinos musulmanes armados con armas automáticas irrumpió en Abú Fana, destruyendo una capilla e incendiando el huerto del monasterio. Nueve monjes y empleados del monasterio en total resultaron heridos, y otros cuatro fueron secuestrados. «A uno de los monjes secuestrados le rompieron brazos y piernas», relataba más tarde el abogado egipcio Nagib Gabriel. «Los otros dos fueron atados juntos con cuerdas, colgados de un árbol, y golpeados con fuerza con látigos y palos. Más tarde fueron dispuestos –cabeza abajo y todavía ata-

dos juntos– a espaldas de un burro y paseados. Se ordenó además a los monjes que escupieran en la cruz y afirmaran la *shahada* (el credo musulmán que dice “no hay otro Dios sino Alá, y Mahoma es su profeta”), golpeados cada vez que se negaron, y hasta amenazados con la muerte».

Dos milenios después de que Jesucristo naciera en Oriente Medio, los cristianos que viven allí sufren a menudo enormemente a causa de su fe.

Egipto es el hogar de la población cristiana más antigua y grande de la región, pero las humillaciones a las que son sometidos son muchas: se les impide construir o reparar sus iglesias, tienen prohibido el acceso a muchos cargos públicos, y son tratados con desprecio cuando piden ayuda a la policía o los tribunales. A consecuencia del ataque contra Abú Fana, el gobierno detuvo a dos hermanos coptos, que fueron recluidos durante 14 meses y liberados sólo después de que el monasterio accediera a «reconciliarse» con los beduinos –es decir, a no presentar cargos contra aquellos que habían atacado realmente el claustro.

Cuando el presidente Obama habló en El Cairo el pasado junio, observó superficialmente que «entre algunos musulmanes, se da la preocupante tendencia de medir la propia religión según el rechazo a las creencias de otros». Pero la violencia de Abú Fana no tenía nada de superficial, ni los demás ataques contra los cristianos egipcios, incluyendo la destrucción de un centro cristiano al este de Ezbet Boshra en junio, el incendio de una iglesia copta en Ezbet Basilious en julio, o el saqueo y destrucción de los negocios propiedad de cristia-

nos en Abou Shousha y Farshut el mes pasado.

Lo más trágico de la situación de los coptos, sin embargo, es que sólo suponen una fracción de los alrededor de doscientos millones de cristianos en sesenta países de todo el mundo que se enfrentan a la persecución a causa de su religión.

En Iraq, los cristianos de la ciudad de Mosul, al norte del país, están siendo expulsados por una oleada de violencia que se ha agravado con la llegada de las Navidades. En las últimas semanas, un coche-bomba explotaba en los exteriores de la iglesia de la Anunciación, se lanzaban granadas contra una escuela católica cercana, y terroristas operando a plena luz del día demolían la iglesia de San Efrén. Lo que está en marcha, afirma el arzobispo de Kirkuk, es una campaña de «limpieza étnica y religiosa». La pasada semana una fuente anónima declaraba a Asia News: «la comunidad cristiana está destinada a morir».

En China, los cristianos que se niegan a rezar en las iglesias «patrióticas» de filiación pública son sistemáticamente humillados. «Al menos cuarenta obispos o sacerdotes católicos romanos siguen encarcelados, bajo custodia o han desaparecido», observa en su informe anual 2009 la Comisión de Libertad Religiosa Internacional de los Estados Unidos. «La iglesia del Evangelio de Pekín, con una asistencia de mil fieles, fue registrada por funcionarios de cuatro agencias diferentes... La policía local registraba la iglesia de la Bendición de Chengdu Qiuyu... informando a los empleados de la Iglesia que eran sospechosos de ‘prácticas religiosas ilegales’ y confiscando biblias,

libros de himnos y demás materiales educativos».

En Somalia, al menos once cristianos que habían abandonado el islam eran decapitados en 2009 por el grupo yihadista al-Shabaab. Otro converso cristiano era ejecutado en Mogadiscio el mes pasado; cuando se recuperó su cadáver, «mostraba signos de tortura,» según informó el servicio de prensa Compass Direct. «Le faltaban todos los dientes delanteros y parte de sus dedos estaban rotos».

A tales horrores se podrían añadir muchos más en la India, Pakistán, Nigeria, Eritrea, Laos, Corea del Norte, Arabia Saudí. Han pasado más de dos mil años desde que el ángel de la anunciación se apareciera a los pastores que acampaban en los terrenos próximos a Belén anunciando, «No temáis: porque he aquí que os traigo nuevas de gran alegría.» Pero para millones de cristianos perseguidos, los motivos del miedo son muy reales. Y también, por tanto, lo es su necesidad de las oraciones y la solidaridad de todos, cristianos y no cristianos, que buscan ser guardianes de nuestros hermanos.

G.K. Chesterton: «Por qué soy católico»

Juan Manuel de Prada, en su muy recomendable columna en ABC, aprovechaba recientemente para recomendar un libro que, tanto por su contenido, como por su autor, G. K. Chesterton, debería estar en todos los hogares católicos. Reproducimos aquí esta recomendación a la que nos unimos con entusiasmo.

Alguna de las tres o cuatro lectoras que todavía me soportan se ha dirigido a mí en estas fechas, en solicitud de una recomendación libresco. Me permito aconsejarles que no dejen de regalar (o de regalarse) el succulento libro *Por qué soy católico*, publicado reciente-

mente por la editorial El Buey Mudo, donde se reúnen los escritos apologeticos de Gilbert Keith Chesterton tras su conversión al catolicismo.

Decir «escritos apologeticos» puede inducir a confusión, pues uno enseguida se imagina una literatura árida, erizada de espinosas cuestiones teológicas, abrumada de indigestas abstracciones y mecánicamente zaherida por el sonsonete o latiguillo de la llamada a la conversión; pero en estos ensayos de Chesterton nada hay de mecánico o indigesto o espinoso, porque aquel gordo genial tenía la virtud de convertir el catecismo en una novela de aventuras y la teología en una intrépida epopeya. Decía el gran Leonardo Castellani que Chesterton tuvo «la sabiduría del anciano, la cordura del varón, la combatividad del joven, la petulancia del muchacho, la risa del niño y la mirada asombrada y seria del bebé»; y toda esta munición de cualidades conforma una escritura luminosa, incisiva, capaz de entrometerse en los dobladillos de las medias verdades para delatar su fondo de oprobiosa y mugrienta mentira, capaz de desvelar la verdad oculta de las cosas, sepultada entre la chatarra de viejas herejías que nuestra época nos vende como ideas nuevas. En algún pasaje de este libro formidable Chesterton afirma que «la conversión llama al hombre a estirar su mente igual que quien despierta de un sueño se siente impulsado a estirar los brazos y las piernas». Este estiramiento mental permite a Chesterton abordar los asuntos de su época (que son, con pocas variantes, los asuntos de cualquier época) desde perspectivas inéditas, haciendo uso de una «vista de águila» que deslumbra por su sagacidad, por su novedad, por su indesmayable originalidad; y es que la fe de Chesterton nunca es una creencia enclaustrada en sus dogmas, sino derramada sobre el anchuroso mundo, deseosa de dilucidar todos

los conflictos que el mundo propone. Fe encarnada, en fin; y encarnándose en las cosas acaba alumbrando su sentido más recóndito y cabal. Creo que la razón por la que hoy no existe en el ámbito católico un escritor de la talla de Chesterton es precisamente porque los católicos hemos convertido nuestra fe en algo doctrinario que se enquistaba en las cosas, en lugar de alumbrarlas por dentro; y, al renunciar a una fe encarnada, el católico cae en la trampa de abordar las cosas desde los presupuestos «ideológicos» al uso, sobre los que incorpora, a modo de pegote o excrecencia, su fe doctrinaria, que así se muestra rígida o inmovilista a los ojos de nuestra época.

Contra esa visión inmovilista de la fe se rebela Chesterton en cada una de las setecientas páginas de este volumen asombroso. Y así nos muestra la incesante novedad de la fe católica, en cuyo acervo encuentra siempre explicaciones novedosas (explicaciones eternas) que desmascaran la caducidad y contingencia de las tendencias modernas. En *Por qué soy católico*, Chesterton nos demuestra que la única manera de evitar el estancamiento mental consiste en enseñar a los hombres a ampliar sus miras, para que sean capaces de mirar más lejos y a más largo plazo; y así se revela como un maestro que no sólo estimula nuestra inteligencia, sino que la abraza, la sustenta, la vigoriza, la dota de un andamiaje robusto y, a la vez, la impulsa por caminos nunca trillados. Esta vigorosa expansión de la inteligencia que ilumina las cosas en apariencia más dispares se la proporciona a Chesterton una fe encarnada y unificadora; luego, claro está, hace falta saber escribir como Chesterton, pero para eso hay que estar tocado por la gracia. A las tres o cuatro lectoras que todavía me soportan les recomiendo que no dejen pasar por su pueblo a los Reyes Magos sin que les procuren su ejemplar de *Por qué soy católico*.

Pío XII inaugura el monumento en memoria de su predecesor Pío XI

Este mes traemos a esta sección el discurso que Pío XII pronunció ante el monumento dedicado a su predecesor, el 18 de diciembre de 1949, instalado en la basílica vaticana, y reproducido en CRISTIANDAD en su número 141, de 1 de febrero de 1950. Pío XI es uno de los grandes papas de toda la historia del pontificado. Es el papa de las grandes encíclicas: Caritate Christi compulsi (sobre la crisis económica, social y religiosa), Casti connubii (sobre el matrimonio), Divini illius Magistri (sobre la educación), Divini Redemptoris (sobre el comunismo ateo), Miserentissimus Redemptor (sobre la devoción al Sagrado Corazón), Mit brennender Sorge (sobre los errores del nazismo), Quadragesimo anno (sobre la cuestión social, a los cuarenta años de la encíclica Rerum novarum, de León XIII), Quas primas (sobre la realeza de Cristo), Ubi arcano Dei (sobre la paz

en el mundo), hasta treinta documentos fundamentales sobre los más variados temas. Preocupado por la paz en un mundo convulso que salía de la primera guerra mundial y estaba abocado a la segunda, afirmó en la última encíclica citada que sólo puede haber paz en el Reino de Cristo; durante su pontificado se firmaron los Pactos de Letrán que ponían fin a la grave situación creada a la Iglesia con la unificación política de Italia; fue llamado con razón «el Papa de las Misiones» por el impulso que dio a la evangelización; hizo presente a la Iglesia en el mundo entero ampliando las representaciones diplomáticas; instituyó la fiesta de Cristo Rey, y muchísimas cosas más.

Pío XII glosa en su discurso, con palabras certeras, estos y otros méritos de un papa al que el padre Orlandis tenía una especialísima devoción.

Mientras caía el velo del monumento que la piedad de los cardenales por él creados ha erigido en el máximo templo de la cristiandad en honor del sumo pontífice Pío XI —monumento que el señor cardenal Nasalli Rocca, en nombre de la Comisión cardenalicia, ha ilustrado elocuentemente—, un inexplicable y alegre sentimiento se ha apoderado de nuestra alma. Esta mole marmórea volverá a evocar en los ojos de las multitudes, que, más numerosas que nunca durante el Año Santo, vendrán multitudinariamente bajo las arcadas de esta basílica patriarcal, la memoria y casi la efigie misma viviente del agosto desaparecido.

»Pero un solo monumento no puede dibujar dignamente su espíritu: el de sus enseñanzas, el de sus ejemplos y el de sus obras. Este, lejos de disgregarse bajo la dentellada del tiempo, aparecerá de generación en generación cada vez más grande y poderoso.

Viva es nuestra emoción, venerables hermanos y amados hijos, y profunda, ya que Nos, llamado por él a formar parte del Sacro Colegio, le venerábamos y amábamos como padre y maestro, bien lejos de suponer que, en sus inescrutables designios, la divi-

na Providencia nos preparaba para recoger de sus manos y cargar nuestras débiles espaldas con la gigantesca herencia que él dejaba tras de sí.

Podía parecer que habiendo sido Nos durante nueve años humilde pero asiduo y devoto colaborador de su apostólico ministerio, a través de las alegres y tormentosas vicisitudes de su pontificado, testigo de sus ingentes trabajos y confidente de sus altos pensamientos, debería resultarnos más fácil ilustrar los rasgos más relevantes de nuestro inmortal predecesor. ¡Ah! A causa precisamente de tal intimidad, la empresa nos agobia tanto más por el conocimiento inmediato que hemos tenido de su incomparable grandeza.

Grandeza, sí; eso es. «Factus est... Sacerdos magnus» (1 Mac 14, 30). Él fue siempre grande; grande por la fuerza y la claridad de la inteligencia; grande por el corazón y por la virtud; grande por la amplitud de la concepción y por la alteza de los propósitos; grande por la exactitud y el vigor de las actuaciones prácticas.

La infatigable actividad de Pío XI

En Pío XI la posteridad admirará la grandeza del entendimiento, la vastedad del saber., la variedad y la agilidad de las actitudes, la eminente superioridad del erudito, del doctor, del pastor. Esta ciencia, esta cultura universal y profunda —de la que fue un modelo difícilmente imitable—, era a sus ojos un deber para el sacerdote: «Porque los labios del sacerdote deben guardar la ciencia y de su boca buscarán la ley» (Mal 2, 7). ¿Qué no hizo él por promoverla? De aquí su celo infatigable por la formación intelectual del clero, por la solidez y perfección de los estudios, de los cuales trazó el programa fundamental en la constitución apostólica *Deus scientiarum Dominus* (24 mayo 1931). Pero la estima que su mente, abierta a los más amplios horizontes, tenía del saber no se limitaba a las ciencias sagradas; en éstas veneraba él la palabra de Dios manifestada al mundo; en las ciencias profanas adivinaba el rayo de luz que de Dios se refleja sobre la frente del hombre, creado a su imagen y semejanza.

De todas se hizo promotor y mecenas, y su amor por la ciencia se manifestaba en su solicitud por los científicos, sin distinción de personas, de naciones y de civilizaciones; solicitud que dio una nueva vida a la Pontificia Academia de Ciencias, que se complacía en honrar con su intervención personal y con su palabra.

Es éste un ejemplo de su grandeza en la actuación práctica de sus geniales concepciones. ¡Cuántos otros podrían citarse sin salir del campo de la vida intelectual! ¿Es acaso necesario recordar lo que él hizo por fundar, restablecer, ordenar universidades, ateneos, facultades, institutos, seminarios; por asegurar —él, en otro tiempo peritísimo bibliotecario— a conservación de los archivos y de las bibliotecas; por hacer llegar hasta los extremos de la tierra la voz del Vicario de Cristo, mediante una modernísima estación de radio; por favorecer el culto de las artes con la nueva Pinacoteca Vaticana?

El amor a Dios

En Pío XI la posteridad admirará la grandeza y la delicadeza del corazón, la pureza y el ardor de la

caridad. Ciertamente de él no podrá decirse jamás que la ciencia haya hecho árida o tibia la sensibilidad exquisita.

Su amor hacia Dios aparece a través de todas sus palabras, sus escritos, sus obras, en sus enseñanzas doctrinales y en sus aplicaciones prácticas. En todo momento se ve estallar la chispa o encenderse el gran fuego del amor. Léase la ardiente encíclica *Miserentissimus Redemptor* (8 mayo 1928), con su invitación a la reparación, y la bula *Quod nuper* (6 enero 1933), con la cual anunciaba el Año Santo extraordinario de la redención, coronado en Lourdes a los pies de la Inmaculada. ¡Y qué devoción a la Virgen y Madre de Dios se transparenta en la conmemoración del concilio ecuménico de Éfeso y en la fiesta litúrgica, extendida a toda la Iglesia, de la divina maternidad de María! (encíclica *Lux veritatis*, 25 diciembre 1931).

¿Qué decir de su caridad hacia los hombres? Él sentía y llevaba en sí todos sus sufrimientos, todas sus miserias, todas sus angustias. La crisis económica, el paro, la carrera de los armamentos, le inspiraron la encíclica *Nova impedit* (2 octubre 1931); algunos meses más tarde, las primeras palabras de la *Charitate Christi compulsi* (3 de mayo 1932) bastaban para revelar al mundo el fondo de aquel gran corazón, destrozado después por las guerras civiles de Méjico y de España, donde «hermanos habían matado a hermanos».

En Pío XI la posteridad admirará la grandeza de la visión y de la aspiración. Sumo sacerdote, no tuvo otra ansia que hacer reinar en el mundo a Dios y a Cristo. Fue justamente llamado el Papa de la Acción Católica. Lo fué en el pleno sentido de la palabra, pidiendo la colaboración de todos y en todas las formas. Él quería establecer este Reino de Dios y de Cristo, consolidarlo, propagarlo en los individuos, en las familias, en las naciones y entre las naciones, en toda la sociedad humana.

Para establecerlo en las almas, mediante la santificación personal, promovió con ahínco la práctica de los Ejercicios espirituales; para establecerlo y hacerlo resplandecer en el sacerdote por medio del sacerdote, él, que pocos años antes había exaltado su grandeza con ocasión de su jubileo sacerdotal (encíclica *Quinquagesimo ante anno*, 23 diciembre 1929), publicó la magnífica encíclica *Ad catholici*

Pensamientos del Cura de Ars

Poned buena uva bajo la prensa, saldrá un jugo delicioso: nuestra alma, bajo la prensa de la Cruz produce un jugo que la alimenta y la fortalece.

sacerdotii (20 diciembre 1935), insertando al mismo tiempo en la liturgia la hermosa misa votiva de Jesucristo sumo y eterno sacerdote.

Para establecer aquel reino en la familia inculcó poderosamente el respeto a la santidad del matrimonio, *Casti connubii* (31 diciembre 1930), después de haber combatido con la *Divini illius magistri* (31 diciembre 1929) por la educación cristiana de la juventud.

Padre y pastor de los pueblos

Solicito por defender sus derechos en las naciones, el sapientísimo Pontífice, del mismo modo que en el pacto de Letrán había restituido la paz religiosa a Italia, con la publicación casi simultánea de tres luminosas encíclicas reprobó y condenó los atentados perpetrados contra la soberanía de Dios y de Cristo, y volviendo su mirada más allá de todas las fronteras, de los mares y de los océanos, mientras con perseverancia y rectitud se dedicaba a preparar el camino al retorno de los disidentes al seno de la santa madre Iglesia, proveía con la encíclica *Rerum Ecclesiae* (28 febrero 1926) al desarrollo de las misiones entre los infieles y a la perfecta formación de un dero indígena.

Padre y Pastor de los pueblos, multiplicó sus cuidados en favor de la paz entre las naciones desde el comienzo de su pontificado con la encíclica programática *Ubi arcano* (23 diciembre 1922), en la cual invocaba la paz de Cristo en el Reino de Cristo, hasta el día en que, entre el sordo estruendo de la tempestad, su afligida voz conjuraba a los pueblos para que se reconciliaran fraternalmente, y por la salvación y la paz del mundo hacía a Dios el ofrecimiento de su preciosa vida.

Atento a fundar sobre el reino de Cristo toda la sociedad humana, hizo todos los esfuerzos y no se dispensó ningún trabajo por la instauración de un orden social cristiano, confirmando y completando las enseñanzas de sus predecesores con la encíclica *Quadragesimo anno* (15 mayo 1931), que quedará

en la historia como no menos célebre que aquella *Rerum novarum*, de la que conmemoraba el cuarenta aniversario.

Finalmente, para hacer reinar en el mundo y sobre el mundo a Dios y a su Cristo, coronando la obra de León XIII, que lo había consagrado al Corazón Sacratísimo de Jesús, y la de Pío X, que había dedicado su vida a reunir todas las cosas en Cristo (Ef 1,10), proclamó solemnemente su realeza e instituyó la fiesta de Cristo Rey, una de las más esplendorosas del año litúrgico.



Fortaleza y bondad

No hemos hecho sino un boceto de las líneas generales del monumento que Pío XI se ha levantado a sí mismo con su vida y su obra. Estas bastan, sin embargo, para dejar entrever alturas vertiginosas. Ahora quisiéramos concluir nuestro sencillo diseño añadiendo la maravillo-

sa armonía de tan sublime grandeza.

Es la misma que la Sagrada Escritura exalta en la Sabiduría, la cual «attingit... a fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter». Fortaleza y bondad. La fortaleza de Pío XI se impuso indomable, inflexible, ya se tratase de reivindicar los derechos de Dios y de la Iglesia en la santidad del matrimonio, en la educación de la juventud, o de condenar la violación de estos derechos en el gobierno de los pueblos y de las naciones, o de trazar los límites de los derechos y de los deberes recíprocos en la práctica social, nacional e internacional, o de reprobar los fáciles compromisos, las tímidas complacencias, las tibiezas, las irresoluciones, la neutralidad cómoda. Resuena todavía en nuestros oídos su inolvidable palabra: «La grandeza y la dificultad de nuestros tiempos no permiten a ningún verdadero discípulo de Cristo contentarse con la mediocridad.» Todavía tenemos el recuerdo vivo de una tarde en que nos llamó a hora insólita para pedir nuestro modesto parecer sobre una ardua cuestión que le hacía estar en gran ansia. Se lo expusimos como mejor pu-

dimos. Entonces exclamó: «Usted habla como debe hablar un secretario de Estado. Pero Nos... Nos tenemos ahora allá —y nos mostró con el índice tendido la puerta— una gran audiencia.» Y levantando en alto la diestra, añadió: «Sabemos lo que hemos de decirle.» Se levantó, anduvo y habló como un antiguo Padre de la Iglesia. Su vigor, su intransigencia donde la transacción hubiera sido prevaricación, hacía temblar a los más atrevidos.

Y, sin embargo, también entonces la suavidad de sus exigencias estaba dulcificada por una indefectible lealtad sin pasión, por una inalterable bondad. ¡Con qué honesta franqueza expuso la parte que toca al Estado en la educación de la juventud! ¡Qué delicada comprensión y qué paterna compasión manifestó por la pena y por la angustia frecuentemente unidas a la plena y fiel observancia de los deberes conyugales! Se podría continuar indefinidamente el examen de sus actos; siempre se llegaría a la misma conclusión.

Amamos este tiempo

Las circunstancias presentes no requieren ni menos fortaleza ni menos voluntad. Por eso dirigimos nuestra mirada a él; escuchamos la voz de sus ejemplos, y a él en esta hora particularmente dedicada a su memoria, presentamos la solemne promesa de nuestros corazones.

¡Oh, Pontífice excelso! La grandeza y la gravedad, la solicitud y los sufrimientos del tiempo en que la divina Providencia ha querido poner nuestra vida y nuestro trabajo, no nos agobia. Aspero como es él, amenazado por peligros, agravado por amarguras, todavía amamos este tiempo y lo abrazamos como la cruz que el Señor nos ha destinado desde la eternidad, y a cuya ruda dureza deben ser proporcionados la genuinidad de nuestro amor, la firmeza de nuestra fidelidad, lo absoluto de nuestra fe, las medidas de nuestra íntima participación en los do-

lores, en las necesidades, en las misiones de la esposa de Cristo. Tu palabra y tu ejemplo serán nuestro estímulo y nuestro aliento para caminar sobre las huellas dejadas por tu energía y tu intrépida actividad, toda consagrada a promover el retorno a Cristo de tu generación. El Señor nos dé la gracia de seguir dócilmente, como tú hiciste, la invitación del Maestro: «Duc in altum» (Lc 5,4), con una fuerza si no igual, al menos semejante a la tuya, y obtener de la omnipotencia divina lo que sobrepasa el poder puramente humano.

Si así pluguiere al Señor, dentro de pocos días procederemos a la apertura de aquella Puerta Santa que la mano de Pío XI cerró por dos veces con la firme esperanza de que aquel que reina en los cielos y rige los destinos de los pueblos, y sobre todo la suerte de su Iglesia, nos concederá en este tiempo de oración y de perdón probar la rica eficacia de su promesa: «Qui petit accipit, et qui quaerit invenit, et pulsantí aperietur» (Mt 7, 8).

El, que es el Rey y el centro de todos los corazones, se digne conmovér los ánimos obstinados, abrir los oídos de los hombres a la infinita dulzura y misericordia de su palabra: «Ecce sto ad ostium et pulso» (Ap 3,20), a fin de que por su gracia victoriosa muchos de aquellos que hasta ahora han sido hostiles a El y a su Iglesia, rechazando de sí las tinieblas de sus errores, vengan a la luz de Cristo, «ut vitam habeant et abundantius habeant» (Jn 10,10).

En espera de ello, y con esta plegaria, os impartimos de corazón a vosotros, venerables hermanos y amados hijos, a cuantos están unidos a Nos en espíritu en la conmemoración de nuestro gran predecesor, a todos nuestros hijos e hijas esparcidos sobre la faz de la tierra y, sobre todo, a aquellos que en las prisiones y en los ergástulos, en los tormentos y en la esclavitud, en la opresión y en la humillación, «han sido encontrados dignos de padecer oprobio por el nombre de Jesús» (Act 5, 41), en prenda de los más delicados favores celestes, nuestra paternal bendición apostólica.

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Febrero

General: Que los científicos y personas de la cultura, mediante la sincera búsqueda de la verdad, lleguen al conocimiento del único Dios verdadero.

Misional: Que la Iglesia, consciente de su identidad misionera, siga fielmente a Cristo y proclame su Evangelio a todos los pueblos.

Marzo

General: Para que la economía mundial se desarrolle según criterios de justicia y de equidad, teniendo en cuenta las exigencias reales de los pueblos, especialmente de los más pobres.

Misional: Para que las Iglesias en África sean signo e instrumento de reconciliación y de justicia en todas las regiones del continente.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

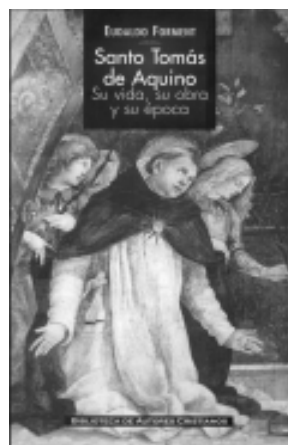
Este mes recomendamos:



Historias de la Contrarreforma
Autor: Pedro de Ribadeneyra
Editorial: BAC
1355 páginas
Precio: 40,00 €

Vida de los padres Ignacio de Loyola, Diego Laínez, Alfonso Salmerón y Francisco de Borja; historia del Cisma de Inglaterra; exhortación a los capitanes y soldados de la «Invencible». Estos temas reunidos en el presente volumen llenan los treinta y dos primeros años de la vida de la Compañía de Jesús, en las tres épocas más interesantes de su origen, consolidación y expansión.

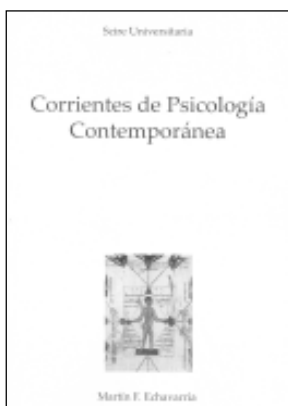
Todos son temas españoles y representantes del influjo excepcional de España en la marcha de la Iglesia en este momento culminante de su restauración religiosa.



Santo Tomás de Aquino
Autor: Eudaldo Forment
Editorial: BAC
738 páginas
Precio: 44,00 €

Una completa biografía de santo Tomás que presenta su vida y su pensamiento en el contexto intelectual, religioso, político y social de su época, relacionándolos con los personajes más importantes del mismo, así como otros vinculados directa o indirectamente con el Aquinate en los siglos posteriores. Sus obras son examinadas desde sus mismas doctrinas. Quedan así clarificados los sucesos de

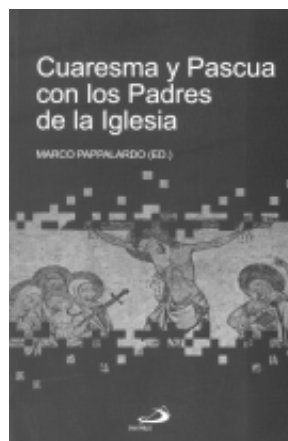
una vida rica en dones naturales y sobrenaturales de un hombre excepcional.



Corrientes de psicología contemporánea
Autor: Martín F. Echevarría
Editorial: Scire
281 páginas
Precio: 20,00 €

Las corrientes que se exponen en este libro intentan comprender y sanar radicalmente al hombre desde la psicología. En la exposición se ponen de manifiesto las premisas filosóficas que subyacen a las variadas escuelas y corrientes de psicología contemporánea, y se hace de ellas una crítica a la luz de la filosofía y de la

antropología cristiana, con especial referencia a santo Tomás de Aquino.



Cuaresma y Pascua con los Padres de la Iglesia
Autor: Marco Pappalardo
Editorial: San Pablo
136 páginas
Precio: 10,00 €

El papa Benedicto XVI, en las audiencias generales de los miércoles entre 2007 y 2008, fue elaborando un itinerario de presentación de los Padres de la Iglesia a través de la vida de las grandes personalidades de los primeros siglos del cristianismo. Este libro se propone dar a conocer los pensamientos de los Padres de la Iglesia sobre la Cuaresma y la

Pascua, con la intención de que sean un instrumento de acompañamiento cotidiano en la meditación personal.

CONTRAPORTADA

La consideración existencial, personalista y relacional de la unión conyugal nunca puede ir en detrimento de la indisolubilidad

Hay que huir de las tentaciones pseudo-pastorales que sitúan las cuestiones sobre un plano meramente horizontal, en el que lo que cuenta es satisfacer las reclamaciones subjetivas para llegar a toda costa a la declaración de nulidad, con el fin de poder superar, entre otras cosas, los obstáculos a la recepción de los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. El bien altísimo de la readmisión a la Comunión eucarística después de la reconciliación sacramental exige que se considere el bien auténtico de las personas, inseparable de la verdad de su situación canónica. Sería un bien ficticio, y una falta grave de justicia y de amor, allanarles el camino hacia la recepción de los sacramentos, con el peligro de hacer que vivan en contraste objetivo con la verdad de su condición personal.

Hoy quiero subrayar que tanto la justicia como la caridad postulan el amor a la verdad y conllevan esencialmente la búsqueda de la verdad. En particular, la caridad hace que la referencia a la verdad sea todavía más exigente. «Defender la verdad, proponerla con humildad y convicción y testimoniarla en la vida son formas exigentes e insustituibles de caridad. Ésta “goza con la verdad” (1 Co 13,6).» «Sólo en la verdad resplandece la caridad y puede ser vivida auténticamente (...). Sin verdad, la caridad cae en mero sentimentalismo. El amor se convierte en un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente. Este es el riesgo fatal del amor en una cultura sin verdad. Es presa fácil de las emociones y las opiniones contingentes de los sujetos, una palabra de la que se abusa y que se distorsiona, terminando por significar lo contrario.»

Es preciso tener presente que este vaciamiento no sólo puede llevarse a cabo en la actividad práctica del juzgar, sino también en los planteamientos teóricos, que tanto influyen después en los juicios concretos. El problema se plantea cuando se ofusca en mayor o menor medida la esencia misma del matrimonio, arraigada en la naturaleza del hombre y de la mujer, que permite expresar juicios objetivos sobre cada matrimonio. En este sentido, la consideración existencial, personalista y relacional de la unión conyugal nunca puede ir en detrimento de la indisolubilidad, propiedad esencial que en el matrimonio cristiano alcanza, junto con la unidad, una particular firmeza por razón del sacramento. Tampoco hay que olvidar que el matrimonio goza del favor del derecho. Por lo tanto, en caso de duda, se ha de considerar válido mientras no se pruebe lo contrario. De otro modo, se corre el grave riesgo de quedarse sin un punto de referencia objetivo para pronunciarse sobre la nulidad, transformando cualquier dificultad conyugal en un síntoma de fallida realización de una unión cuyo núcleo esencial de justicia —el vínculo indisoluble— de hecho se niega.

Benedicto XVI a los miembros del Tribunal
de la Rota Romana (29 de enero de 2010)